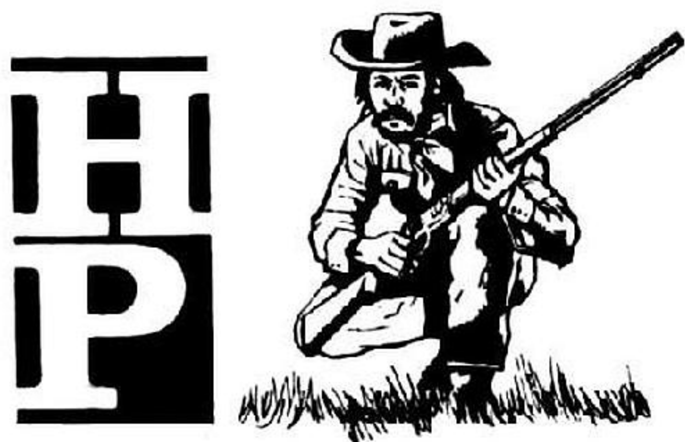


SILVER KANE

FUGITIVO DUNCAN







HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

FUGITIVO DUNCAN

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 501
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 22363-1979

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: agosto, 1979

© Silver Kane – 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* Buntrop aulló:

—¡No escaparás, Duncan!

Más allá de las rocas, la voz repercutió como un trueno y terminó ahogándose al final del desfiladero.

Dos disparos de rifle acompañaron la amenaza.

Los cinco hombres que apoyaban al *sheriff* se distribuyeron cautelosamente entre las rocas, acercándose a Duncan. Dos de ellos, por turno, se detenían para disparar sus rifles y apoyar así el avance de los otros. El hombre a quien estaban cercando no respondía.

Buntrop no gritó más.

Le escamaba aquel silencio. Se daba cuenta de que sólo podía significar una cosa.

Duncan se estaba deslizando también por entre el laberinto rocoso, tratando de escabullirse. Le sería muy difícil conseguirlo, desde luego, pero ya lo había logrado otras veces cuando estaba en situación tan crítica como ahora. Buntrop hubiese preferido que él contestara al fuego para al menos localizarlo.

Sus hombres avanzaban sigilosa y eficazmente. Pronto llegarían a la cumbre de la colina rocosa, desde donde Duncan había estado disparando hasta entonces.

Uno de los hombres alzó demasiado la cabeza, creyendo que aquel silencio y aquella tranquilidad iban a ser eternos.

—¡Tiene que estar ahí, jefe!… Un disparo cortó su voz.

La bala del rifle le entró por un sitio muy cómico, pero muy doloroso. Le atravesó una nalga. El comisario cayó de bruces, aullando y dándose a todos los demonios, mientras sus compañeros concentraban su fuego sobre el lugar de donde había brotado el fogonazo.

Duncan acababa de cometer una imprudencia.

Hubiera podido escabullirse tal vez sin aquel disparo, aprovechando la profusión de rocas y la ya naciente oscuridad. Pero con su acción acababa de delatarse.

No tuvo otro remedio que volver a su punto de partida, mientras los disparos le iban asaeteando. Cada vez con mayor puntería, los hombres del *sheriff* acribillaban las rocas casi delante de sus ojos.

Duncan no volvió a disparar.

Pegado al suelo, reptando entre los peñascos con agilidad insospechada, llegó de nuevo a la cúspide de la colina rocosa, que era justamente el lugar de donde había tratado de salir.

Una vez allí estaba acorralado.

La colina quedaba cortada a pico, formando un verdadero barranco, sobre una curva del rió Colorado que era como una especie de pantano natural. Por el otro lado la colina era suave y estaba tapizada de rocas, pero ése era el lugar que Duncan no podía emplear porque lo taponaban los hombres del *sheriff*, abiertos en abanico.

Buntrop aulló otra vez:

—¡Entrégate! ¡Sabes que no tienes salida!

Duncan no contestó.

Examinaba la situación y se daba cuenta de que, efectivamente, sus posibilidades de huida eran remotas.

Sólo tenía dos caminos.

O soportar allí el ataque de los hombres del *sheriff*, eliminándolos a todos, lo cual era imposible, o bien lanzarse por el despeñadero sobre la curva del río Colorado.

Cualquiera de las dos soluciones podía ser mortal.

Duncan, con el sudor recorriéndole el rostro, sintiendo en la garganta la angustia de la muerte, trató de buscar otra salida. Pero no la había. Y escuchaba ya muy cerca el ruido que los hombres del *sheriff* hacían al deslizarse entre las rocas.

Avanzaban bien.

Después del escarmiento del tipo que aún aullaba con la nalga atravesada, y que no podría sentarse en dos meses, los demás se movían con mucha mayor prudencia. Ni uno solo de ellos se asomaba. Por el ruido calculó Duncan que el cerco se había cerrado completamente. Oía ruidos a su izquierda y a su derecha. Los del

centro, evidentemente, debían estarle aguardando, esperando que él cometiese la locura de intentar salir por allí.

Duncan tomó una decisión.

El sudor ya le llenaba el cuerpo entero. En cambio, tenía la boca espantosamente seca.

«Debe ser eso lo que sienten quienes van a morir —pensó—. Los que van a la horca deben estar como yo ahora».

Dio un repentino salto.

Por unos segundos su cuerpo se dibujó claramente contra el cielo opalescente, mientras iba a lanzarse al vacío.

Buntrop aulló:

—¡Entrégate, loco! ¡Vas a morir!… Dos de sus hombres dispararon.

No supieron si habían alcanzado a Duncan. De pronto éste se perdió en el vacío. Se oyó el ruido de su cuerpo al rasgar el aire.

Los comisarios saltaron a toda velocidad sobre las rocas que los separaban de la cima. Se detuvieron al borde del barranco.

En la curva del río Colorado, donde éste formaba una especie de pantano natural, se veían grandes círculos concéntricos parecidos a los que se dibujan en un estanque después de arrojar una piedra. Era todo el rastro que quedaba de Duncan.

El *sheriff* Buntrop, jadeando, llegó junto a ellos.

—Ese loco… —farfulló.

—Ha debido estrellarse contra el fondo, *sheriff*, o quizá ha quedado aprisionado en el barro.

—¿Qué profundidad hay ahí?

—Imposible saberlo, *sheriff*. Pero es la parte más honda de todo el Colorado.

Esperaron a que reapareciera.

El abismo que caía sobre el río era tan profundo que les daba vértigo. Sólo un hombre desesperado, un auténtico suicida, podía haberse arrojado por allí.

Duncan no volvió a reaparecer.

Los hombres, con todos los nervios en tensión, aguardaron tres minutos, cuatro.

Más de lo que un hombre puede aguantar bajo el agua. Más de lo que Duncan hubiera podido resistir.

Luego el *sheriff* hizo una señal de alivio, como el que ve terminar

bien un trabajo difícil y que le ha costado largo tiempo.

—Vamos —dijo—. Duncan ha muerto. Uno de los comisarios apuntó:

—Habrá que encontrar el cadáver.

—Por supuesto. Vosotros os encargaréis de eso. Yo quiero comunicar la noticia al gobernador personalmente.

Sus hombres descendieron cautelosamente, procurando no resbalar. Ahora que el peligro había pasado, parecían sentir miedo de cualquier cosa. Dos de ellos recogieron al herido, que gemía y lanzaba maldiciones y otro dio un largo rodeo para poder llegar hasta el río sin tener que bordear el abismo.

Buntrop cabalgó lenta y pensativamente.

Ahora que el trabajo había terminado, una gran laxitud se había apoderado de él. Un gran descanso y una intensa y profunda sensación de paz.

Por fin Buntrop había vengado a su padre. Por fin había terminado aquella pesadilla sin nombre que, durante un año interminable, le llevó de un lado a otro del Estado, persiguiendo a un enemigo que siempre se escabullía y al que no había logrado ver cara a cara una sola vez.

Ahora todo había concluido.

Ahora podría casarse, fundar un hogar, ser feliz. Podría ser como los demás hombres cuya vida había envidiado durante un año entero.

En la primera estación del telégrafo se detuvo y puso un telegrama al gobernador del Estado diciendo que Duncan estaba muerto al fin y que su trabajo había concluido felizmente.

Luego durmió a pierna suelta, con plena tranquilidad, por primera vez en doce meses, y al día siguiente emprendió el largo camino hacia la capital. Ya no sentía t el menor asomo de cansancio.

El gobernador era un hombre blando y taciturno, que había llegado a aquel cargo sin ningún mérito especial, preocupándose tan sólo de servir a los que estaban por encima de él y podían apoyarle.

Claro que a Buntrop eso no le importaba. Seguramente no volverían a verse nunca.

Entró en el despacho tras sacudirse las ropas cubiertas de polvo.

—Huele usted a pradera salvaje —dijo el gobernador, molesto—.

¿No podía haberse cambiado de ropa?

—Perdón, señor. Tenía muchísimo interés en darle cuenta personalmente, cuanto antes, del éxito de nuestro trabajo.

—Sí, ya me enteré por el telegrama. Siéntese, Buntrop.

Buntrop lo hizo en un borde de la butaca, para no mancharla.

—Duncan cayó al río Colorado —dijo—, y se ahogó. Mis hombres rescatarán el cadáver de un momento a otro.

—Sí, ya sé.

—Una gran preocupación ha desaparecido para nosotros.

—Bueno, en realidad se trataba de una cuestión personal entre usted y Duncan —dijo el gobernador, sin excesivo interés—. Él logró huir, y el jurado lo condenó a muerte en rebeldía. Usted pidió y obtuvo una autorización especial para perseguirlo por todo el Estado, incluso por territorios que fueran de la competencia de otros *sheriffs*. Le ha costado trabajo, pero al final lo ha conseguido. Estoy contento, Buntrop. Esto significará su reelección.

—Eso espero, señor.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Casarme, señor.

—Ah, casarse… Creí que ya lo había hecho. ¿Cuántos años tiene usted ahora, Buntrop?

—Veinticuatro.

El gobernador lo examinó con atención. Quizá Buntrop parecía un poco mayor. La seriedad de su semblante y el haber tenido grandes preocupaciones, actuando de *sheriff* en sitios muy difíciles le habían dado aspecto de hombre de más edad. Sin embargo, fijándose mejor en él, se advertía que era joven, enérgico y que había una gran vivacidad en sus ojos.

—De modo que va a casarse… —dijo el gobernador—. ¿Y dónde le espera su novia, si puede saberse?

—En un colegio.

—¿Qué dice? ¿Pero es que va a casarse con una colegiala?

—Oh, no. Ella ya tiene veinte años. Lo que ocurre es que sus padres murieron hace poco, en Albuquerque, y aquélla es una población demasiado peligrosa para una mujer sola. En consecuencia, decidió vivir en un colegio, donde al menos está segura. Allí da clases de música.

—Comprendo. Debe ser una mujercita encantadora.

—Lo es. Si la viera comprendería lo infernal que este año ha sido para mí, al tener que aplazar mi boda.

—Pues no espere más, amigo. Vaya a buscarla cuanto antes.

—Lo haré. Y antes pondré un telegrama anunciándole mi viaje. Vamos a casarnos antes de quince días.

—Le felicito anticipadamente. ¡Ah! Olvidaba algo. Introdujo la mano en el cajón central de su mesa y extrajo un cheque con una cantidad ya escrita y que sólo debía firmarse. Lo hizo.

—Para usted, Buntrop. Son tres mil dólares. Lo tenía preparado para el día que liquidara a Duncan. Sólo faltaba fecha y firma.

Buntrop tomó el pequeño pedazo de papel que le garantizaba una boda de primera clase.

—¿Qué le pasa? ¿Le tiembla la mano? —preguntó el gobernador, al notar en él un principio de vacilación.

—Me parece que cobro la piel de un hombre.

—Y eso es exactamente lo que hace, amigo mío. No se equivoca en nada en su apreciación.

Buntrop, ligeramente molesto, guardó el cheque en su bolsillo.

—Ahora, con su permiso, iré a cambiarme de ropa y a comprar un pasaje en la diligencia —dijo—. Siempre iré más rápido que a caballo. Ardo en deseos de ver a mí prometida.

El gobernador sonrió.

—Le envidio, amigo mío. Yo ya llevo casado la friolera de trece años y no sabe usted lo distinto que resulta…

El colegio estaba sobre una colina.

Era una elevación muy distinta de la eminencia pedregosa y hostil donde había sido acorralado Duncan. Ésta se alzaba suavemente y formaba como un mar de hierba. En lo alto, el gran edificio parecía haber sido construido para resistir los embates del tiempo, como si fuese un monasterio o una iglesia. Tenía grandes ventanas, y las risas de las niñas que vivían allí en régimen de internado, se oían tras los altos muros de un patio.

El jinete descendió suavemente ante la puerta.

Un hombre salió a su encuentro, manteniéndose sin embargo cerca de la entrada, donde tenía apoyado un rifle. Aunque la recepción no fuera muy hospitalaria, tenía su justificación. Allí habitaban mujeres casi exclusivamente, y la comarca no estaba aún lo bastante civilizada como para permitirse cortesías.

El portero dijo:
—¿Quién es usted?
—Me llamo Buntrop.
—Ah, el *sheriff*.
—Exacto.
El recién llegado dejó que se viera la estrella que lucía en el pecho, en el lado izquierdo de la camisa.
—Creí que vendría usted en diligencia —dijo el portero.
—¿Conoce alguna diligencia que llegue hasta aquí, amigo?
—Sí, claro. ¡Qué estúpido soy! Todos los que llegan al colegio lo hacen a caballo o en carruaje particular.
—Usted debe referirse, sin duda, a que tengo aspecto de venir desde muy lejos.
—Sí, eso es.
—Un *sheriff* siempre está dando vueltas… De ningún modo le aconsejo este oficio, compañero.
Penetró en el enorme zaguán. En el costado derecho llevaba un «Colt» Frontier, y en el izquierdo un largo cuchillo de monte.
—¿Podrá avisar a Stella? —murmuró.
—Oh, naturalmente. ¿Quiere pasar a esa sala? Es donde suelen aguardar las visitas.
—Por supuesto.
La sala era grande, de paredes blanqueadas, y hacía pensar, de una manera clara y directa, en un convento. Por las grandes y altas ventanas penetraba la luz de la libertad, de la vida. Seguramente Stella tendría deseos de salir de allí, unos deseos enormes.
Aguardó diez minutos largos, interminables, durante los cuales no hizo más que pasear lentamente de un lado a otro. Sus pasos quedos eran el único sonido que se producía en la estancia.
Por fin se oyó un taconeo rápido.
Los pasos de una mujer joven y ágil que avanza jubilosa hacia la puerta detrás de la cual se encuentra su felicidad.
El hombre quedó quieto, rígido, erguido, con los ojos inmóviles sobre aquella puerta.
Ésta se abrió rápidamente.
Una muchacha apareció en el umbral.
Y de pronto lanzó un grito de asombro.

Había sido como una reacción instantánea, incontrolada. Luego

intentó dominarse y sonreír.

—Debe haber una confusión —susurró.

Era una chica de cabellos rubios, formas rotundas, rostro alegre que de pronto parecía haberse petrificado. Su busto, maravillosamente torneado, aún se agitaba a causa de la velocidad y la excitación con que había llegado hasta allí.

—Usted debe ser enviado del señor Buntrop —dijo rápidamente —. ¿Dónde está él?

—Lo ignoro.

—¿Qué… dice?

—Siento notificarle que no hay ninguna confusión, señorita.

Ella fue a salir rápidamente, puesto que aún estaba junto a la puerta, pero de repente se sintió encañonada por el «Colt» Frontier.

El hombre lo había sacado con un movimiento centelleante, con esa agilidad y maestría que sólo los verdaderos profesionales tienen.

—Vas a estarte quieta, muchacha.

—Pero usted… usted no puede… hacer eso. Es un *sheriff* igual que Buntrop.

—Soy todo lo contrario de un *sheriff*.

—Esa estrella…

—Se la arrebaté a un fulano a quien tuve que dejar tendido en la pradera. Era un imbécil que no merecía llevar la estrella. Supongo que a estas horas no habrá despertado todavía.

Stella no podía ni hablar. Otra vez su pecho subía y bajaba, al compás de la irregular respiración. Aunque su falda larga no permitía verlo, sus rodillas temblaban como las de una niña.

—Apártate de la puerta.

—¿Quién… es usted?

—Me llamo Duncan.

La muchacha sintió que su boca se abría y cerraba bruscamente.

—¡Miente! ¡Es imposible!

—¿Por qué supones que miento?

—¡Él lo mató! ¡Buntrop acabó con usted, con el maldito perro rabioso! ¡Me puso un telegrama diciéndomelo y anunciándome su llegada! ¡Dijo que por fin estaba libre!

—Siento desmentir a un hombre tan formal como Buntrop. Pero el que está libre soy yo.

—¡Se ahogó en el rió Colorado!

—Había allí la suficiente profundidad para poder llegar hasta el fondo sin que nada ocurriese. Reconozco que lo pasé bastante mal, pero pude llegar hasta la orilla, nadando bajo las aguas. Allí las altas hierbas me ocultaron.

—¡No es posible! ¡Buntrop no se hubiera equivocado en una cosa así!

—Buntrop no descendió hasta el río personalmente —dijo él, con calma glacial—, y no tuvo en cuenta tampoco que la orilla estaba bordeada de hierbas altas. Creo que el mismo deseo que tenía de acabar con aquello le hizo ser demasiado optimista. ¿Pero para qué perdemos el tiempo hablando? Más vale que te prepares, muchacha. Tú y yo vamos a hacer un viaje muy largo.

Stella abrió la boca para respirar porque le faltaba el aire.

Aquella situación increíble, absurda, iba tomando el aspecto de algo muy concreto y que sucedía realmente. Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Ante ella tenía un hombre alto, joven, de facciones quemadas por el sol. Sus músculos largos y poderosos se marcaban bajo la tela de la camisa. Llevaba ropas vaqueras, botas tejanas, el revólver y un cuchillo. Sus ojos fríos, impenetrables, podían ser los de un asesino.

En realidad, lo eran.

Buntrop siempre le había descrito a Duncan, en sus cartas, como el tipo perfecto del criminal sin entrañas, del proscrito indomable, del hombre que había nacido para matar y para huir. Y ahora ella lo tenía delante. Ahora ella se había convertido de un modo absurdo, casi increíble, en algo así como su prisionera.

—¿Un viaje? —pudo musitar—. ¿Adónde?

—Hasta un poco más allá de la frontera.

—¿Qué pretende?

—Buntrop se enterará pronto de que estoy vivo —susurró él—. Entonces me buscará con rabia redoblada. Pero sus poderes terminan donde el Estado acaba. Más allá no podrá perseguirme. Y yo sé que conseguiré atravesar la frontera si te llevo a ti como rehén, muñeca.

—Es usted… un canalla.

—Eso me lo han estado diciendo desde que era muy pequeñito, monada. Ya no me impresiona.

En aquel momento se oyeron nuevos pasos junto a la puerta.

Ésta se abrió también.

Una dama seca, estirada, que vestía de negro, y que debía ser la directora, por poco sufrió un síncope al ver el largo revólver que la apuntaba directamente al centro de la cabeza.

—Pero… ¡señor Buntrop!

—Dile tú misma que no soy Buntrop muchacha.

—En efecto, no es mi prometido, sino un pistolero —dijo Stella con voz ronca—. Se llama Duncan.

—¡No es posible! ¡A Duncan se le buscaba por todo el Estado! ¡Y dijeron que había muerto!

—Pues ya ve usted que los muertos como yo se conservan bastante bien —dijo Duncan burlonamente—. Ahora va a hacerme un favor.

—¿Qué pretende?

—¡Salir de aquí… con Stella!

—¡Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

—Con mucho gusto, señora.

Y Duncan alzó un poco el revólver como si se dispusiera a apretar el gatillo. La dama negra pegó un brinco y quedó materialmente pegada a la pared, con la boca abierta.

—No… no lo haga.

—No tengo el menor interés… si usted me ayuda.

—¿Qué es lo que quiere?

—Aquí tendrán carruajes con buenos caballos.

—Necesito uno de dos plazas y con un tiro de dos buenos animales. Los mejores que haya.

—¿Se da cuenta de que esto le va a costar ir a la horca, Duncan?

—La horca ya la tengo ganada por otros caminos. Vamos, llame al portero. Supongo que para hacerlo emplea esa campana que tiene al alcance de su mano, ¿es cierto?

La dama asintió silenciosamente. Con mano insegura, tiró del cordón Duncan guardó el revólver.

—No haga al portero una sola seña ni diga una palabra de más. Podría sentirme nervioso y apretar el gatillo —advirtió Duncan.

La otra no contestó. No podía ni hablar.

Sin embargo, se había serenado bastante cuando el portero abrió la puerta. Con voz casi normal consiguió decir:

—Oiga, Robert, va a preparar mi carruaje particular con los

caballos «Tena» y «Bishop». Dispóngalo enseguida delante de la puerta principal.

—Sí, señora. Es para la señorita Stella, supongo.

—No haga comentarios. Limítese a obedecer mis órdenes.

El portero desapareció a toda velocidad. Duncan miró admirativamente a la vieja loro.

—No le consiento comentarios soeces. Me moriría antes de tener un hijo como usted.

—Seguro que se moría. ¡Bromas de ésas a su edad!

—¡Lárguese de aquí, bergante!

—Le prometo que eso es lo que estoy intentando hacer. Ardo en deseos de perderles de vista.

—No llegará muy lejos. Le haremos perseguir. Desde el edificio tenemos línea telegráfica.

—Lo suponía, y por eso me he entretenido en cortarla.

—Es usted un…

—Un hombre previsor, señora. ¿Verdad que es eso lo que iba a decir?

—De todos modos no llegará muy lejos. —Los dientes de la dama rechinaban—. Daremos cuenta al *sheriff* de un modo u otro. Antes de dos horas lo sabrá.

Duncan sonrió secamente.

—Adviértanlo también que llevo como rehén a Stella. Y que haré fuego si alguien llega a acorralarme. Fuego contra ella, naturalmente.

La directora miró a Stella con ojos temblorosos. Se sorprendió al darse cuenta de que Stella no parecía tener el menor miedo.

Sus ojos lejanos, fríos, indiferentes, miraban al pistolero como si éste fuera un insecto. Un insecto peligroso, que acababa de escaparse de su jaula, pero al que en cualquier momento se podía aplastar con el pie.

—Los rehenes son para eso —siguió diciendo Duncan.

—¿Sería capaz de…?

—Más valdrá que no hagan la prueba.

En aquel momento alguien golpeó discretamente con los nudillos en la puerta. Sin aguardar permiso, el portero asomó la cabeza y sonrió con una mueca de complicidad.

—Ya está listo el carruaje, señorita Stella. He corrido, ¿eh? No

quiero que haya obstáculos en el camino de su felicidad.
De pronto se quedó mudo.
—¿Qué le ocurre, señorita Stella? ¿No se siente usted contenta?
—¿Por qué dice eso?
—Es que pone usted una cara…
—Imaginaciones suyas… Muy bien, ahora salimos. La puerta volvió a cerrarse.
—Alguien se extrañará de que no lleve mis ropas —dijo suavemente Stella.
—Muy bien. Si se extraña que pregunten a la directora. Ella les explicará.
Indicó con un gesto la puerta.
—Vamos a salir juntos —susurró—. Llevare el revólver en la funda, pero no necesito más allá de un cuarto de segundo para sacarlo y ponerlo en línea de tiro. Imagino que no querrán aquí un día de luto.
—Nadie hará nada —prometió la dama vestida de negro—. Pero le juro que asistiré a su ejecución, Duncan.
—Me sentiré muy honrado. Pienso repartir invitaciones con tres días de antelación al menos. Pero exigiré que todos los testigos vayan vestidos de gran gala. Volvió a señalar la puerta.
—Vamos, adelante.
Fue a abrir, y en ese momento Stella, que parecía estar sumida en una absoluta inmovilidad, pasó a una acción rabiosa.
Bruscamente se abalanzó sobre él, intentando sujetarle por el cuello. La chica era ágil, sana y fuerte. Aprovechándose de la sorpresa, hubiera podido derribar incluso a un hombre normal, teniéndolo a su merced por unos segundos.
Para Duncan fue como si le hubiera picado un insecto.
Detuvo a la chica con un brazo, le golpeó en la nuca con el otro y finalmente la sujetó con los dos.
A consecuencia del golpe, Stella había quedado sin sentido.
La directora le miraba con ojos dilatados por el horror. Parecía no creer lo que estaba viendo.
Duncan tomó a Stella en sus brazos e indicó:
—Acompáñenos. Y ni un solo movimiento sospechoso o una voz. Sólo advierto la primera vez; a la segunda disparo.
La puerta se abrió silenciosamente. Duncan sacó a la muchacha

en sus brazos. Vio ante la puerta un carruaje ligero, con el toldo echado, y sujetos a él dos caballos de excelente estampa.

El portero susurró:

—¿Qué le ocurre a la señorita? ¿Se ha desmayado?

—Es la felicidad, amigo. ¿Quiere ayudarme a colocarla?

—Con mucho gusto, *sheriff*.

Una vez la hubieron situado bien en uno de los asientos, Duncan dio cinco dólares de propina al portero.

—Es mucho, señor Buntrop…

—Es que yo estoy muy agradecido.

—¿Agradecido por qué?

—Es que nadie me había llamado *sheriff* hasta ahora. Y suena la mar de bien.

—¿Nadie se lo había llamado? Pues no lo entiendo…

—Lo comprenderá dentro de dos horas, amigo. Y ahora… ¡arreando!

Hizo chascar el látigo, y los caballos arrancaron velozmente.

CAPÍTULO II

El hombre que estaba de observación en lo alto de la colina lanzó un suave silbido y descendió unos pasos, hasta llegar a un lugar liso donde había restos de una fogata. En torno a ella, se veía a cuatro hombres envueltos en sus mantas y profundamente dormidos.

El centinela bisbiseó:

—¡Eh! ¡Kurzon!

Uno de los hombres se despertó lentamente, abriendo primero un ojo y después la boca.

—¿Qué quieres, Nat?

—Mira, Kurzon.

Señalaba la cima de la colina, donde hasta poco antes había estado vigilando. Kurzon se desperezó de golpe.

—¿Es que nos persigue alguien?

—No, de momento no hay peligro. Más bien es todo lo contrario.

Hizo un guiño de complicidad a Kurzon. Éste retiró la manta y subió con su compañero a lo alto de la colina.

En la inmensa llanura que se extendía a sus pies, se veía un puntito borroso, el cual levantaba una leve pero continuada nubécula de polvo.

—¿Qué es eso?

—Un carruaje del que tiran dos caballos.

—Vaya…

—Interesante, ¿eh? Mire usted mismo.

Kurzon miró con el catalejo. Lo que era un punto imprecisable se transformó en un carruaje del que tiraban dos caballos. A juzgar el ritmo de su marcha, éstos no podían ser malos de ningún modo. En

el coche iban un hombre y una mujer.

—Ella parece dormida —dijo Kurzon.

—Sí. Yo también me he fijado en eso. Puesto que ahora empieza a amanecer deben haber estado viajando toda la noche.

—¿De dónde vendrán?

—No hay más que un lugar de donde se pueda venir, teniendo en cuenta la dirección que llevan. Hay un colegio femenino cerca de Albuquerque. O tal vez vengan de Albuquerque mismo.

—Parecen jóvenes…

El catalejo fue cambiando de uno a otro, mientras el carruaje avanzaba y las imágenes se iban haciendo más claras para ambos observadores. Éstos tenían el honor de haber adornado con sus rostros varias docenas de pasquines a lo largo y a lo ancho del Estado. Especialmente Kurzon, jefe del grupo, apenas recordaba ya lo que se ofrecía por su cabeza.

—Sí, desde luego son jóvenes —dijo.

—¿Y quién viajaría de ese modo? Me parece que los dos estamos pensando lo mismo.

Ambos lanzaron una carcajada.

—Dos recién casados.

—Eso es exactamente lo que son: unos palomos. Y esa clase de pájaros suelen llevar dinero, aparte de… aparte de que la chica puede ser una presa apetitosa.

Los hombres se miraron fijamente.

No se veía a nadie más en toda la inmensa llanura. Era esa hora indefinible del amanecer en que todos los campos y todas las ciudades del mundo presentan su máxima soledad. Una hora en que nadie auxiliaría a los dos estúpidos viajeros que se habían aventurado solos por una de las zonas peores de los Estados Unidos.

—Avisa a los otros —dijo Kurzon.

Cinco minutos después todos estaban preparados y con sus armas dispuestas. Kurzon trazó un plan de ataque.

—Pasarán cerca de la colina —dijo—, y desde luego no sospechan nada. Tiraremos con rifle contra uno de los caballos, conservando vivo al otro porque nos interesa llevar una montura de reserva. Luego tres de nosotros avanzaremos hacia el carruaje, mientras dos más nos cubren con su fuego. Si el hombre mueve un solo dedo, hay que tirar sin piedad.

—De acuerdo.

Para ellos aquel trabajo era una cosa rutinaria. Lo habían hecho docenas de veces, incluso con diligencias bien protegidas, y siempre salía bien. En aquel caso podían dar por descontado el éxito.

Descendieron calmosamente, procurando no ser visibles, mientras el carruaje se acercaba. Luego tomaron posiciones muy cerca de la llanura, buscando enfilar el sitio por el cual habían de pasar los viajeros.

Tres de los forajidos montaron a caballo. Otros dos quedaron a la espera, con los rifles dispuestos.

Veían acercarse el carruaje y precisarse con más claridad las dos personas que iban en él. La chica debía ser joven y bonita, y para aquellos hombres emboscados, pegados a sus armas, resultaba particularmente excitante la idea de que venía de un colegio femenino de Albuquerque.

¿Tal vez el que la acompañaba? ¿Era quizá su marido…?

Resultaba más que probable, pero eso no importaba. Acabarían con él enseguida. No molestaría mucho.

Las armas ya estaban preparadas, los dedos tensos sobre los gatillos. Los ojos de los pistoleros se iban achicando poco a poco, y casi les dolían de tener tanto rato el objetivo enfilado con su punto de mira. Todos esperaban impacientes la señal de Kurzon, pero éste quería estar bien seguro antes de darla.

No quería dar a aquel carruaje la menor posibilidad de huida. Si los primeros disparos fallaban, y el carruaje lograba escapar a ellos, se iniciaría una ruidosa persecución que en modo alguno podía convenirles.

Los minutos transcurrían con exasperante lentitud. Los hombres apuntaban con precisión de décimas de pulgada, mientras un silencio espantoso les rodeaba.

El carruaje, cinco minutos después, estuvo ya perfectamente a tiro. No podían fallar.

Kurzon lanzó una breve voz de advertencia:

—Preparados…

Y de pronto, como el juez que da la salida para una carrera, bajó el brazo mientras aullaba.

—¡Ahora…!

CAPÍTULO III

Durante horas, mientras el carruaje se deslizaba velozmente sobre la llanura, Stella había llorado, había gemido, había suplicado inútilmente, sin que Duncan le hiciera caso. Éste parecía tener las facciones talladas en piedra. No la había mirado una sola vez. Sus ojos estaban fijos en el camino que se extendía hasta el infinito, hasta terminar a lo lejos en unos farallones que se perdían de vista.

Cuando empezó a anochecer, Duncan susurró, despegando los labios por primera vez:

—Más valdrá que te pongas cómoda. Vamos a pasar la noche viajando.

Stella tuvo una infinita sensación de alivio.

Había temido que acampasen y que él cometiera otra de las canalladas que le habían hecho famoso. Había oído contar cosas terribles de Duncan. Ultrajar a una mujer debía ser para él casi rutinario.

Pero, por ahora, la dejaba en paz.

Quizá no se sentía seguro, y solamente la forzaría cuando hubieran puesto más distancia entre ellos y sus perseguidores.

Con todas sus energías intentó no dormirse, mantenerse despierta para aprovechar cualquier oportunidad de huida, pero la fatiga la fue venciendo. El traqueteo del coche lanzado a demasiada velocidad, la trastornaba. Sus ojos se fueron cerrando poco a poco hasta que quedó dormida.

Y ahora, de pronto, él la zarandeó suavemente.

Se dio cuenta de que seguían en el carruaje. Había amanecido ya con bastante nitidez. Estaban a unas seiscientas yardas de una gran colina de piedras cubiertas de musgo.

—Estate quieta —musitó Duncan—. Y cuando todo empiece, te

lanzas al suelo del carruaje, hecha un ovillo. No levantes la cabeza suceda lo que suceda.

—¿Pero qué… qué va a ocurrir?

—Hay alguien acechando en esa colina. He visto el brillo de un rifle.

—Debe ser algún grupo de alguaciles. ¡Nos buscan!

—¡Hum! Yo no estaría tan seguro.

Duncan seguía en la misma postura, como si no hubiera notado nada, pero cambió las riendas de mano y con la derecha extrajo su revólver. Una ojeada le bastó para ver que la carga estaba completa.

Stella farfulló:

—¿Te atreverás a disparar contra la ley?

—Dicen por ahí que lo estoy haciendo siempre, ¿no? Que mi oficio es disparar contra la ley precisamente.

—Eres un canalla… y ahora resultará distinto. Duncan sonrió fríamente.

—No temas, esos tipos que están ahí delante, agazapados, no llevan ninguna estrella. Sin duda son vulgares bandidos, bastante peores que yo.

Ella se dio cuenta de que Duncan no bromeaba. Susurró con voz trémula:

—Entonces, ¿por qué no tratas de huir?

—Es tarde ya.

—¿Crees que nos alcanzarían?

—Ellos tienen caballos descansados, pero además disponen de rifles. Sin duda estamos ya en su línea de tiro.

—No comprendo… cómo puedes decirlo con esa tranquilidad. Diríase que te alegra.

—Puede que sí.

Stella se fijó sin querer en el modo como él empuñaba el «Colt». Parecía acariciarlo como a un objeto sensible; diríase que formaba parte de su mano derecha.

De pronto alzó el martillo y aguardó, sin variar en absoluto de postura y sin pestañear siquiera.

Transcurrió un minuto, dos…

Stella tenía la boca seca.

Fue entonces cuando Duncan lanzó un grito gutural y, alzando el revólver con un movimiento centelleante, apretó el gatillo.

CAPÍTULO IV

El hombre que ya estaba a punto de apretar el gatillo de su rifle, dio un extraño salto y cayó luego hacia atrás con la garganta atravesada. El arma pareció rebrincar en el aire y se disparó sola, siguiendo el último impulso que le había dado su dueño.

Kurzon lanzó una maldición. No comprendía aquella reacción instantánea en un hombre a quien habían supuesto una víctima fácil.

Sin perder un segundo, Duncan tiró de las riendas hacia un lado y obligó a los caballos a variar de ruta bruscamente. El carruaje estuvo a punto de volcar y lanzó al aire un chirrido de ballestas. Pero Duncan suponía, y con razón, que algún otro rifle estaría apuntando en la dirección que el carruaje llevaba. El único modo de salvar a los caballos era desorientar a los tiradores.

Uno de éstos apretó el gatillo, y la bala se clavó inútilmente en la tierra endurecida. Apenas unos segundos después, el carruaje y los animales que tiraban de él se habían perdido de vista, pegándose a un flanco de la colina.

Kurzon ordenó a sus hombres que guardaran silencio. La situación era nueva para él.

—Ese tipo es listo —farfulló—. No comprendo cómo infiernos ha podido adivinar que estábamos aquí.

—Habrá sido por el brillo de algún rifle. Eso no puede evitarse.

—Aun así. Sólo un hombre muy preparado podía haber reaccionado con esa velocidad.

—¿Qué pretendes decir, Kurzon?

—Es un pistolero, y habrá que tener mucho cuidado. Uno de vosotros se quedará aquí. Los otros subiremos de nuevo a lo alto de la colina. Desde allí veremos qué camino sigue.

Miraron recelosamente al muerto. Éste había quedado con la garganta al sol, doblado sobre una roca. Ya apenas brotaba sangre por el tremendo orificio de entrada.

—Tira con un «45» —musitó Kurzon—. Pero después de haber perdido a uno de mis hombres no voy a dejarle escapar…

Desde lo alto de la colina los vieron.

Mejor dicho, vieron el carruaje. Del hombre y la mujer no quedaba rastro.

Duncan había dejado a la muchacha pegada a una roca, mientras él trepaba sigilosamente.

—Qué suerte… —había susurrado—. Son cuatro hombres más y van bien armados. ¡Con lo escaso que voy de municiones! Van a tener que «regalármelas» en cuanto hayan muerto.

Una extraña expresión, algo que Stella no había visto nunca, se reflejaba en sus ojos.

CAPÍTULO V

Daba la sensación de que todo aquello era para Duncan un juego siniestramente divertido. De que la muerte era para él una diversión a la que se entregaba sin calcular los riesgos.

Fue bordeando la colina y buscando llegar a la cima de ésta. Sabía que los asaltantes se concentraban allí, deseando tener un buen ángulo de visión, y no se equivocó.

Vio a un hombre pegado a una roca, oteando la llanura con su rifle. La primera noticia que aquel tipo tuvo de la presencia de Duncan fue el aviso de éste.

—¡Chist!

Se volvió con un aullido, encañonando a su enemigo, pero no tuvo tiempo para disparar.

Duncan le clavó una bala entre las cejas.

Un plomo restalló entonces junto a él, arañando las rocas. Vio a otro individuo que le enfilaba con su rifle, a unas veinte yardas por encima de su cabeza.

Duncan se pegó al suelo con fantástica rapidez, mientras un segundo plomo mordía la roca, justo en el lugar donde antes estuvo su cabeza. Por un intersticio entre las peñas, Duncan disparó.

El hombre del rifle necesitaba descubrirse más para hacer fuego. La bala del revólver le rozó la mejilla.

Lanzando un gruñido, quiso cambiar de posición, trasladándose a otra roca más alta, y eso fue fatal para él. Durante unos segundos estuvo al descubierto.

Duncan no los desaprovechó.

Hizo fuego nuevamente, y su adversario cayó de costado, con una mancha roja a la altura del corazón.

Un terrible silencio se adueñó entonces de la colina, después de

aquellos disparos.

Era un silencio cargado de presagios, esa quietud especial, siniestra, que precede a las tormentas.

Duncan se pegó a las rocas, no haciéndose visible de ningún modo. Sabía que aún tenía enfrente a dos enemigos y que ahora todas las ventajas estaban de parte de éstos.

Los minutos transcurrieron pesados, lentamente, mientras sobre los peñascos se oía el graznido de los aguiluchos.

Luego Duncan creyó notar el golpear de los cascos de varios caballos sobre la llanura.

Podría ser una trampa, pero se arriesgó. Fue serpenteando por entre las rocas hasta llegar a un lugar cercano a la cima. Desde allí vio que, en efecto, sus dos enemigos vivos se alejaban. Estaban aún a distancia suficiente para que él les alcanzara con el rifle de alguno de los muertos, pero no quiso prolongar más la batalla.

Fue de un lado a otro, examinando a los tres caídos, por si alguno de ellos podía necesitar ayuda, y al mismo tiempo recogiendo sus armas y sus municiones. En el carruaje podría transportarlo todo cómodamente. Y en cualquier ciudad conseguiría vender aquellos rifles a buen precio, en el caso de que no los necesitara para defenderse.

Descendió con todo ello hasta el lugar donde había quedado Stella con el carruaje.

Y de pronto lanzó una maldición.

Había sido el hombre más estúpido del mundo.

¡Porque Stella ya no estaba allí!

El pueblo parecía un gusano dormido en mitad de la llanura. Las casas, en un principio debieron ser blancas, habían ido adquiriendo una tonalidad rojiza, el mismo color del polvo que llegaba hasta ellas en los días de viendo. Una pequeña torre indicaba que había allí una iglesia, aunque no podía decirse de qué región, y unos cuantos tejados mejor cuidados que los otros indicaban tal vez la presencia de un Banco o de un saloon. Toda la ciudad parecía dormida bajo el sol, tranquila y silenciosa.

La muchacha movió las riendas para animar un poco a los cansados y sedientos animales. Éstos ya no podían más. Sólo la perspectiva de un abrevadero y un poco de descanso hizo que tirasen del ligero carruaje, animando un poco su trote.

Stella detuvo el vehículo en el centro de la calle principal. A causa de la hora, de fuerte bochorno, casi todo estaba solitario. Un edificio alegremente pintado de rojo proclamaba en un letrero:

«HOTEL Y SALOON. EL MEJOR DE LA CIUDAD. SI NO LE GUSTA QUÉDESE IGUALMENTE, PORQUE NO HAY OTRO»

Stella decidió quedarse. ¿Qué remedio?

Con gusto hubiera llegado más lejos, poniendo tierra entre ella y el forajido Duncan, pero no podía exigir más a dos caballos reventados de fatiga.

Miró el dinero que llevaba encima. Calculó que tendría suficiente para quedarse un par de días. En el caso de que hubiera telégrafo, podría llamar a Buntrop, su prometido. Este llegaría con sus hombres en sólo cuarenta y ocho horas.

Mentalmente agradecía a los forajidos que les asaltaron el que hubiesen obligado a Duncan a dejarla sola. Además ella había espantado a los caballos de los pistoleros muertos. Duncan tardaría mucho en llegar hasta allí, o quizá moriría de calor y de sed en la llanura. Si esto último sucedía, no sería ella quien lo lamentase.

Descendió ante el local.

No dejó de extrañarle el silencio casi sobrecogedor, espectral, que reinaba en aquel saloon.

Cuando empujó los batientes comprendió por qué.

En el saloon había unos siete hombres. Cuatro de ellos estaban pegados a un ángulo del local, temerosamente, no deseando verse mezclados en lo que iba a suceder. Otros dos estaban pegados a la barra, con las manos a la altura de sus revólveres. Por último había otro hombre que estaba frente a aquellos dos. Tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como si la cosa no fuera con él, y sonreía tranquilamente mientras los miraba a una distancia de doce pasos.

Se trataba de un desafío.

Pero era un reto que tenía algo de especial, de sobrecogedor, precisamente por la tranquilidad con que aquel hombre lo afrontaba.

Uno de los que estaban junto a la barra musitó:

—Tienes muchas ganas de morir, Bradley.

—Desde luego. Y estoy deseando ser complacido por vosotros. ¿A qué esperáis para matarme?

—Estás loco. No podrás con los dos.

—Eso se averigua probándolo, ¿no?

—Está bien, Bradley. Tú lo has querido. ¡Ahora! Los dos hombres que estaban junto a la barra se movieron a la vez, arqueando sus cuerpos y sacando los revólveres al mismo tiempo. Durante unos segundos dio la sensación de que vencerían fácilmente, de que habían atrapado a Bradley por sorpresa.

Éste apenas movió las manos para tirar con sus dos revólveres a través de las fundas.

Era su especialidad.

Se vio entonces claramente que había calculado bien las distancias, sabiendo ya de antemano en qué ángulo debería abrir los revólveres para alcanzar a sus dos enemigos. Éstos, que ya habían empezado a lanzar un grito de triunfo, se estremecieron al ser mordidos por el plomo. Los dos cayeron a la vez, contorsionándose, mientras dos manchas rojas, casi idénticas, aparecían a la altura de sus corazones.

Sólo uno de ellos consiguió disparar, pero su plomo mordió inútilmente las tablas del suelo.

Bradley no tuvo que molestarse en guardar los revólveres, puesto que ni siquiera los había sacado de las fundas.

Con expresión aburrida dijo:

—Sáquenlos de aquí. Molestan a la clientela.

Y señaló con el mentón hacia la puerta, como indicando el lugar por donde debían echarlos a la calle. Fue entonces cuando vio a Stella.

Sus ojos parpadearon dos veces. En el primer instante dio la sensación de que creía estar viendo alucinaciones.

Luego se acercó lentamente, como hipnotizado, sin mirar a ningún sitio más que a los ojos de la muchacha. En el silencio absoluto del local, sus espuelas resonaban quedamente y con un cierto retintín siniestro. Daba la sensación de que el aire espeso, quieto, podía cortarse.

Stella también le miraba.

Un pasado que creyó muerto, una lejanía que creyó olvidada, extinguida para siempre, volvía a ella con el resonar de aquellas espuelas y el brillo de aquellos ojos.

Recordó algo que sucedió tiempo atrás, cuando sólo tenía quince años. Rememoró a Bradley alojándose en casa de sus padres, que le habían dado cobijo por una noche. La salvó su padre, pero Bradley le había disparado casi a boca de jarro. Su padre había estado al borde de la muerte dos meses, todo lo que Bradley necesitó para poner tierra de por medio, huyendo incluso de los Estados Unidos.

Y ahora estaba aquí. Ahora el pasado había vuelto.

El tintineo de las espuelas cesó. Bradley se había detenido apenas a tres pasos de ella.

Sus ojos entrecerrados contemplaron el rostro de Stella, su óvalo perfecto, sus labios rojos a pesar de la fatiga, su cuerpo joven, de curvas rotundas, y al mismo tiempo ágil como el de una diosa.

—Es una hermosa casualidad… —dijo suavemente. Los labios de Stella temblaron.

—Sí. Es una hermosa casualidad —repitió la muchacha con ironía.

—¿No entras?

Stella entró. ¿Qué iba a hacer? ¿Podía seguir adelante con sus reventados caballos? ¿O podía volver atrás, donde tropezaría con el pistolero Duncan?

—Siento que hayas tenido que ver ese triste espectáculo —dijo Bradley señalando los muertos, los cuales iban ya siendo retirados por los otros clientes—. Eran tipos de esos que van buscando desafíos por todas partes. ¿Pero a qué molestarnos con esos pensamientos? Entra, por favor. Pareces cansada y yo tendré mucho gusto en invitarte a tomar alguna cosa. Como ella vacilara, añadió:

—¿Tienes miedo? Aquí hay mucha gente. No puede ocurrir nada.

—No tengo miedo, Bradley —dijo ella con voz helada—. Ya no tengo quince años.

—Eso se nota, muchacha, se nota… Y yo me alegro.

La hizo sentar en una mesa apartada, y fue lo bastante sensato para comprender que la muchacha necesitaba algo reconfortante. Pidió un ponche bien cargado.

Luego se miraron los dos.

Bradley parecía más hombre, más duro, más sensato. Quizá, se dijo Stella, sus ojos tenían más serenidad. Seguía siendo un pistolero, como antes, pero quizá tenía sentimientos más nobles. A lo mejor, después de todo, lo ocurrido cinco años atrás había sido una chiquillada.

—No sé si recibiste mis cartas —musitó él.

—Se las entregué todas a mí padre. Después de lo sucedido, comprenderás que no tenía el menor deseo de leerlas.

—¡Pero si no ocurrió nada!

—Tú hiciste todo lo posible para que sucediera. De no ser por mi padre, no sé lo que hubiera llegado a ocurrir. Y a él estuviste a punto de matarlo.

—En las cartas te pedía perdón.

—Hay cosas tan indignas, Bradley, que si siquiera perdón puede pedirse por ellas.

Él sonrió. Esperó a que la muchacha se reanimara un poco, después de beber el ponche bien cargado y caliente que acababan de servirle.

—¡He hecho tantas locuras! Pero ahora es distinto. La vida me obligó a reflexionar.

—Lo celebro.

—Parecen tenerte sin cuidado mis remordimientos. Sin embargo te diré que he cambiado mucho, muchísimo. Incluso me casé.

Stella parpadeó dos veces.

Caramba, aquello lo cambiaba todo. De pronto Bradley le pareció mucho menos temible.

—¿Te casaste? ¿Y dónde está tu mujer?

—Aquí. Ella nunca se mueve de aquí.

—Me… me alegro de verdad.

—Adivino que estás en un apuro, Stella. Es inconcebible ver por aquí sola a una chica como tú; tanto que en el primer momento pensé que eras una alucinación. Tiene que haber ocurrido algo muy grave para que esto sea posible.

—Ha sucedido.

—¿Qué es?

—Yo iba a casarme con Buntrop.

—¿Buntrop? Sí, lo recuerdo… Un distinguido *sheriff*. Una auténtica fiera, un cazador de hombres de los que no perdonan.

—Puede que sea así, pero sólo caza a los que merecen ser prendidos. Y es un hombre honrado a carta cabal.

—¿Y qué ha sucedido con él? ¿Por qué no, estáis juntos?

—Verás, yo soy profesora en un colegio desde que mis padres murieron. Buntrop tenía que venir a buscarme para celebrar nuestra boda. Pero el que se presentó en su lugar fue…

Y la muchacha explicó toda la historia, sin omitir detalle, hasta el momento actual. No dejó de confesar que estaba sola, casi sin dinero y a merced de cualquier granuja.

Bradley la escuchó en silencio.

Su rostro impenetrable no reflejaba ninguna emoción, ningún sentimiento.

Al fin, cuando ella hubo terminado, susurró:

—También he oído nombrar a Duncan. Es un sujeto peligroso.

—Demasiado.

—De todos modos le diste un buen esquinazo. Eres una chica lista, Stella. De verdad que lo eres.

—¿Cómo podría avisar a Buntrop?

—Escríbele una carta. Stella palideció.

—¿No hay telégrafo?

—No; la línea no pasa por aquí. No hay posibilidad de que le avises urgentemente. Pero si le escribes él vendrá sin tardanza; y mientras tanto estás bajo mi protección. ¿Qué crees que puede hacer Duncan si se enfrenta a mis revólveres?

—Supongo que… nada.

—Y mientras tanto estarás bajo mi custodia y cuidado. Cerca mío y de mi esposa Sandra.

Stella se iba sintiendo más y más tranquila. Bradley, un hombre con familia, al fin y al cabo, se le aparecía ahora de un modo muy distinto.

Susurró:

—¿No se sentirá molesta tu… mujer?

—No, ella nunca se enfada por nada.

—¿Seguro?

—¡Seguro!

—¿Y no puede darse el caso de que penséis marcharos de aquí?

—Yo, podría ser, pero ella no.

—No sabes lo que me tranquilizas, Bradley.

Él sonrió otra vez, mostrando la doble hilera de sus dientes blancos, sanos, y fuertes.

—De momento te alojarás aquí. Esta noche y vendrás a casa y te presentaré a mí esposa.

—Me parece muy bien, Bradley. Lo único que quisiera es no causaros más molestias.

—A mí no me causas ninguna, puesto que somos amigos y además estoy en deuda contigo. En cuanto a mí mujer, ya te he dicho que ella no se molesta por nada, absolutamente por nada del mundo.

Hizo una seña al encargado del saloon.

—Joe, la mejor habitación para esta señorita.

—La habitación principal está ocupada desde ayer.

—Pues echas a la calle al que la ocupe. Dentro de una hora la quiero libre. ¡Hala, arreando!

—Sí… sí, señor.

—Y traes papel y pluma para la señorita. Ella necesita enviar una carta urgente.

—Por descontado, señor.

Bradley se puso en pie y saludó cortésmente a Stella.

—Espero que te encuentres a gusto. Si tienes cualquier queja, no olvides decírmela. Yo volveré aquí por la noche.

—Gracias, Bradley… Creo que voy a tener que cambiar el concepto que tenía de ti.

—Eso espero, muchacha. El pistolero desapareció.

Era un tipo alto, fuerte, bien parecido, de los que gustan a las mujeres. Sólo sus ojos daban un poco de miedo. Sus ojos parecidos a pedazos de metal sin alma.

Stella se puso a escribir nerviosamente a Buntrop, dándole cuenta de su situación y pidiéndole que viniera sin tardanza. El mismo dueño del saloon prometió encargarse de entregar la carta al mayoral de la diligencia.

Luego Stella subió a la habitación que le había sido asignada, y que efectivamente debía resultar la mejor del edificio.

Se sentía destrozada, hundida, y al borde de su resistencia física y nerviosa.

Dejándose caer en el lecho, se durmió pesadamente.

Pero no pudo evitar una larga y terrible pesadilla donde los

rostros de Buntrop, de Duncan y de Bradley se mezclaban en amarga y confusa mescolanza.

Buntrop acarició mecánicamente la culata de su revólver, mientras sus dientes rechinaban poco a poco, como dos sierras mecánicas.

La directora de la institución docente donde había estado Stella hasta poco antes, acababa de explicárselo todo.

Aún había indignación en sus palabras y lágrimas en sus ojos.

—¿De modo que se la llevó…? —susurró Buntrop—. Así que ese buitre está vivo… No va a haber cuerdas suficientes en todo el Estado para colgar su carroña. Juro que lo mataré… ¡Juro que seré yo el que me cuelgue de sus pies cuando él esté pendiendo de la soga!

Estaba a punto de sufrir un ataque de rabia. Sus ojos se salían de las órbitas. Todos los que le escuchaban retrocedieron instintivamente un paso, como si temieran que fuese a disparar sobre ellos.

Por fin Buntrop pareció calmarse.

Su pecho subía y bajaba agitadamente, al compás de la irregular respiración. La mano derecha aún acariciaba el revólver como si en aquel contacto metálico encontrara la mayor seguridad de su vida.

—¿Saben qué dirección siguieron?

—No. Y la verdad es que nadie se fijó en eso.

—Un fugitivo evitaría la llanura, donde puede ser fácilmente visto —gruñó Buntrop—. Seguro que ha elegido el camino que va serpenteando por entre los farallones Es mucho más cómodo para un granuja que sólo piensa en ocultarse.

Ignoraba que Duncan se había hecho aquel mismo razonamiento, y que dando por descontado que le perseguirían por los farallones, había elegido precisamente el camino de la llanura.

Buntrop, decidido a no perder tiempo, montó en el caballo de nuevo. Los dos hombres que le acompañaban imitaron su gesto.

—Vamos, muchachos.

Los tres se lanzaron al galope en dirección a la ruta de los farallones, tortuosa y llena de escondites.

Cuatro horas después llegaban a un poblado colgado en la montaña. Sólo era importante por varias cosas: porque era el único que se encontraba en toda la larga ruta. El único donde había agua

y algo de comida. Y el único donde podía encontrarse un alguacil.

Éste se encontraba durmiendo la siesta, con las patas encima de la mesa de su despacho, cuando le despertó Buntrop.

—¡Eh, usted!

El alguacil fue a gritar que no le molestaran, pero quedó pálido al ver la clase de visitante que tenía enfrente.

Todo el mundo conocía allí a Buntrop. Todos sabían que era un cazador de hombres y que no conocía la piedad. Formaban legión los fugitivos que habían encontrado la muerte en el cañón de su revólver.

El alguacil tartamudeó:

—Señor Buntrop… Le ruego que me perdone… Siéntese… ¿Hace un trago de *whisky*?

—Bien. Tengo la garganta convertida en papel de lija. Pero no me de un vaso. Venga la botella.

Bebió ávidamente, hasta dejarla medio vacía. El fuerte licor no quemaba su garganta, que ya estaba habituada a aquellos tragos salvajes.

Luego se pasó la mano por la boca, mientras tendía la botella a sus dos hombres.

—Busco a un fugitivo —declaró—. Es un tipo fácil de reconocer, porque va con una mujer y conduce un coche ligero tirado por dos hermosos caballos. Sólo le falta un cartel para que la gente lo reconozca más fácilmente.

—Pues por aquí no ha pasado.

—¿Seguro?

—Seguro, señor Buntrop.

—No tenga miedo ni se ande con bromas, alguacil. Sé de sobra lo que ocurre en estos casos. ¡Infiernos! Usted está solo, como tantos y tantos alguaciles perdidos en esta maldita tierra. Entonces deciden que lo mejor es guardar la ley del silencio, para evitarse líos. Porque un día el pistolero al que denunciaron vuelve y los balea en la calle principal de su cochino poblado. Pero sepa que el fulano a quien persigo es una pieza gorda. Se llama Duncan. ¡Duncan!

El alguacil palideció.

—Conozco a ese hombre, pero le juro que no ha pasado por aquí.

—El mató a mí padre. Lo exterminaré aunque sea la última cosa

que haga en mi vida.

—Ya oí decir eso también, señor Buntrop… Su padre murió asesinado la noche en que Duncan pasaba por la ciudad. Le abrieron la cabeza con un hacha.

Buntrop cerró los ojos ante el recuerdo. A veces aún pensaba en aquello y sentía como si por delante de su mirada pasara un velo de sangre. Todo era rojo, espantosamente rojo en sus recuerdos. Su padre muerto, con la cabeza hendida, y su hermanastro Jim llorando. Su hermanastro que no era más que un pobre ciego.

Tuvo que tragar saliva para dominar su furia.

—Tiene que haber pasado por aquí… —dijo al cabo de algunos instantes, concentrando sus pensamientos—. Nadie se entretendría por los farallones sin tener agua ni comida. A menos que…

Apretó los puños con rabia.

—¡Ese tipo es listo, muy listo! ¡Ha adivinado nuestros pensamientos! ¡El muy canalla se ha fugado por la llanura, sabiendo que no le perseguiríamos por un camino tan fácil!

Se puso en pie.

—¿Está seguro de lo que dice? —musitó el alguacil.

—¿Por qué no había de estarlo?

—Es una ruta muy mala, a pesar de todo. Y nadie sabe lo que ha pensado ese hombre.

—Por mi parte creo que no me equivoco.

—¿Qué va hacer?

Sus dientes rechinaron, mientras apretaba los puños en un gesto de brusca decisión.

—¡Hay que capturarlo! ¡Aún no está perdido todo! ¡Daremos con él si sabemos aprovechar el tiempo!

—Pero si nos equivocamos se perderá de vista para siempre. Es una cuestión de cara o cruz.

—Lo sé.

Dio unos pasos por la estancia y volvió a acariciar el revólver de un modo mecánico, como si se dijera una vez más que aquél era el único amigo con el que podía contar.

Los tres hombres salieron precipitadamente del despacho del alguacil.

—¿Qué piensa de la muchacha? —susurró éste.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que vaya con él.

Buntrop se mordió el labio inferior nerviosamente mientras volvía a apretar los puños.

—Ésa es la cuestión que más que preocupa… —dijo con voz chirriante—. Es eso lo que me atormenta.

Sus facciones, en efecto, habían adquirido una expresión distinta, una expresión patética.

—¿Irá Stella con él? —repitió—. ¿Dónde estará esa muchacha?

CAPÍTULO VI

Stella despertó de pronto.

Tenía la sensación de no estar sola, sentía la inquietante y turbadora creencia de que alguien la había estado contemplando durante los últimos minutos de su sueño.

Lo primero que vieron sus ojos, al abrirse éstos, fue la ventana, que ya tenía un denso y oscuro color violeta.

«Ha llegado la noche —se dijo para sí misma—. Ahora Bradley vendrá a buscarme muy pronto y…»

Estuvo a punto de lanzar un grito.

Los ojos de Bradley, unos ojos quietos e hipnóticos la miraban desde la penumbra, al otro lado de la pieza.

Su cuerpo era como una sombra quieta, lejana, ante la cual la muchacha se sentía pequeña y extrañamente indefensa.

—¿Te he asustado? —preguntó Bradley con voz chirriante—. He llamado antes en la puerta pero tú no me has oído. ¡Estabas tan dormida…!

La muchacha se pasó una mano por los ojos. Quiso con ello ahuyentar los recuerdos, pero fue inútil. La presencia de Bradley allí la recordaba algo sucedido cinco años antes, también en una habitación cálida, en un lecho desordenado y al lado de una ventana oscura. Sus hombros temblaron mientras intentaba serenarse, concentrar en sí misma toda la serenidad de que aún era capaz.

—Comprendo que no te guste estar en una habitación con un hombre —dijo Bradley, como si adivinara sus pensamientos—. Por eso te pido que vengas. Vamos a ver a mi esposa.

Stella se serenó. Aquella voz era tranquila, era la voz de la razón y del sentido común. «Vamos a ver a mi esposa».

Como ya estaba vestida, se puso en pie.

—No tengo ropas para cambiarme —musitó—. Podemos ir cuando tú quieras.

—Entonces ahora mismo.

Salieron juntos. El local de la planta baja estaba a oscuras, quizá porque el saloon cerraba muy pronto. Una extraña y siniestra calma rodeaba la ciudad perdida en la llanura. No se veían más que unas luces titilantes en las calles sumidas en sombra.

Pero había luna.

—Esta ciudad tiene algo de mágico —dijo Stella suavemente—. Me agrada.

—También me gusta a mí, y por eso permanezco en ella —explicó Bradley con la mirada perdida en la lejanía—. La vida es difícil aquí, porque hay poca riqueza, y además éste es lugar de paso para mucha gentuza. Ya lo has visto hace unas horas. Tenía que matar o morir… Pero me siento muy a gusto. Y Sandra es una mujer que nunca me pide nada.

—¿No se enfadará al verme?

—Estoy seguro de que no.

—De todos modos estaré poco. Buntrop llegará en tres o cuatro días.

—A mí no me molestarás, y a Sandra menos.

Dejaron atrás las últimas casas del pueblo. Un polvillo suave y casi plateado flotaba bajo la luz de la luna. Stella sentía una leve, una indefinible intranquilidad, porque se hubiera sentido absolutamente rodeada de soledad a no ser por el tintineo metálico de las espuelas de Bradley.

Pronto vieron una casa.

Era una construcción de troncos, confortable y bien hecha. En una de sus ventanas había luz.

—¿Es aquella tu casa?

—Sí.

—Tiene un aspecto muy acogedor…

—Lo es. Te sentirás muy a gusto allí.

Un pequeño porche daba entrada al edificio. Todo estaba allí descuidado, y la mecedora que había en la entrada estaba rota. Stella dedujo que la desconocida Sandra, a pesar de los elogios que de ella había hecho su marido, debía ser una mujer bastante

descuidada, o que tal vez estaba enferma.

Notó con cierta sorpresa que él no abría la puerta, sino que le indicaba la parte trasera de la casa.

—¿No entramos?

—Primero quiero que veas a Sandra.

—Ah, bien…

Salieron a una superficie plana que había detrás de la casa. La luz de la luna arrancaba reflejos plateados a la hierba fresca, a los arbustos que brillaban con mil diminutas gotitas de humedad. La muchacha quedó paralizada, quieta, espantosamente quieta, mientras su respiración se detenía y en su corazón empezaba a sonar algo así como una campana funeraria.

No lanzó un grito porque no pudo. No huyó porque sus pies parecían muertos, clavados en la tierra.

Bradley susurró:

—Ahí tienes a mí mujer.

En la pequeña planicie, entre la hierba jugosa y fresca, había un montículo con una cruz toscamente tallada. Sobre los brazos de esa cruz, una mano había escrito torpemente: «Sandra Bradley». Sólo eso.

La carcajada sonó seca, estridente, en la soledad angustiosa que rodeaba a la tumba.

—Ya te dije que ella no se molestaba por nada y que no se marcharía porque estaba muy unida a esta tierra —explicó burlonamente Bradley y, cuando su acceso de hilaridad le permitió hablar nuevamente—. Ella murió hace un año. Quizá yo contribuí un poco a su fin, teniendo en cuenta que no nos entendíamos demasiado bien y ella llevaba la peor parte en las disputas… Pero desde hace un año estoy sintiendo angustiosamente la falta de una mujer. Una mujer como tú, Stella…

La muchacha sentía un espeso sabor a sangre en la boca.

Un sabor a muerte, a desesperación. Se dio entonces cuenta de que la muerte y la desesperación tienen un regusto a algo. Que uno parece ahogarse con ellas, tenerlas en su boca.

Las piernas se negaban a sostenerla.

Sus pies seguían clavados en el suelo, y se daba cuenta de que no podía escapar, de que no lograría huir ya nunca, de que era como una muerta a la que Bradley tenía a su merced por completo.

Las sienes le hacían daño, la sangre se le parecía haber helado en las venas.

De pronto el asco fue más fuerte que su debilidad. Una contracción terrible recorrió todo su cuerpo. Se encontró saltando en el aire, cayendo lejos de los brazos de Bradley, que la contemplaba con ojos fosforescentes en la quietud de la noche.

—No te atreverás… ¡No te atreverás, maldito cobarde!

—Me he atrevido ya.

—Gritaré… ¡Chillaré hasta que toda la población venga en mi auxilio! ¡Serás ahorcado, aplastado como una rata!

Bradley volvió a reír silenciosamente. Sus ojos rebrillaban cada vez más en la penumbra.

—¿Por qué crees que te he traído aquí, estúpida? ¿Quién piensas que va a venir a ayudarte hasta esta soledad? ¿Por qué imaginas que he tenido paciencia hasta la noche?

Ella musitó:

—Dios santo…

Se daba cuenta de que estaba perdida, de que nadie acudiría en su ayuda. Ahora sabía que lo que estuvo a punto de ocurrir cinco años antes, y que su padre evitó con riesgo de la vida, le pasaría ahora. Que sucedería fatal, terrible, inevitablemente.

Que en aquel duelo rastrero y miserable en que se debatirían los dos, la fuerza y la brutalidad de Bradley vencería forzosamente.

Intentó gatear, trató de huir, pero los brazos del pistolero la arrastraron sobre la hierba.

—Ven… Ven, estúpida. Mi casa necesita una mujer… ¡Durante cinco años interminables he aguardado este momento…! Ven…

Su voz era como una orden ronca, como un estertor, cual el gruñido en celo de una fiera.

Stella, impotente, se sentía arrastrada sobre la hierba, conducida como una víctima hasta la puerta de la casa.

—¡Buntrop vendrá! —gimió—. ¡Le he escrito! ¡Buntrop llegará a tiempo de matarte cien veces!

Bradley lanzó otra carcajada, ésta más brutal que las anteriores. La sujetó sólo con una de sus manos, introdujo la otra en un bolsillo y extrajo de él un arrugado sobre, que dejó caer sobre la hierba.

—¡Tu carta! ¡He aquí tu llamada a Buntrop, tu petición de auxilio! ¿Creías que el dueño del hotel iba a llevarla a la diligencia?

¡Me la entregó a mí! ¡Buntrop no sabrá jamás dónde estás! ¡Nunca!

Volvió a sujetarla con ambas manos y tiró de ella, ahora más brutalmente, hacia la casa.

Stella se sintió ahora absolutamente perdida. Gimió y pataleó inútilmente mientras era arrastrada, ahora ya por el interior de la casa. Con todas sus fuerzas, loca de desesperación, mordió la mano de Bradley.

Éste lanzó un alarido, se soltó y volvió a atrapar a la muchacha cuando ésta corría desesperadamente hacia la puerta. De dos golpes rabiosos en plena cara la hizo vacilar, y con un revés la tumbó sobre la cama. Stella tenía los labios bañados en sangre.

—Así te quería ver… —dijo con las pupilas despidiendo fuego—. Así, muchacha…

Y en aquel momento la puerta de la casa, a espaldas suyas, se abrió silenciosamente.

CAPÍTULO VII

El hombre que acababa de entrar llevaba las ropas cubiertas de polvo. Su rostro mismo parecía estar tapado por una máscara gris. Sus ojos despedían un fulgor quieto, parecido al brillo del cañón de un revólver.

Con voz inmutable, como si lo que estaba viendo careciera de importancia, murmuró:

—Parece que tú tienes muchas ganas de jugar, amigo, pero yo creo que la chica desea todo lo contrario.

Bradley se volvió con la velocidad de un reptil rabioso.

La mano derecha voló hacia el revólver, del que aún no se había desprendido.

Pero el recién llegado estaba ya muy cerca, y movió con desprecio la mano derecha, como si apuntillara a un cerdo. El canto de aquella mano pareció hacer estallar la muñeca derecha de Bradley. Éste lanzó un alarido, mientras el revólver caía suavemente de entre sus dedos sin fuerzas.

Stella balbució:

—¡Duncan!

Duncan movió otra vez la mano derecha. Por dos veces la aplastó con desprecio sobre la nuca del pistolero, que cayó a sus pies hecho un fardo. Duncan le reanimó pasándole la espuela por la cara.

Sangrante, aullando de dolor, Bradley se puso en pie cuando el otro le empujó hacia arriba con sus brazos poderosos.

—Voy a notificarte algo que te llenará de alegría —dijo Duncan arrastrando las sílabas—. Acabas de ser sometido a juicio legal. El fiscal, que soy yo, ha pedido la pena de muerte. El defensor, que también soy yo, ha estado muy mal, el pobre chico, y se ha callado.

El jurado, que soy yo, acaba de declararte culpable. El juez, que igualmente soy yo, te condena a muerte. Y el verdugo, que voy a ser yo, te va a ejecutar. Lo único que no soy yo es el muerto. El muerto eres tú, cariño.

Bradley tembló espasmódicamente. Se daba cuenta de que aquellas increíbles palabras reflejaban la verdad, que iba a morir.

Tenía la mano derecha rota, y con la izquierda nunca había sido muy hábil. Intentó defenderse Duncan levantó una rodilla y le propinó con ella un golpe en el bajo vientre que lo dejó aullando de dolor, sin fuerzas para mover un dedo.

—¡No te atreverás a hacer eso! —aulló—. ¡No puedes! ¡Sabes que no puedes! ¡Sería un asesinato!

—Un hermoso asesinato —dijo Duncan suavemente—. Todo lo que digas quedará cortito al lado de la realidad.

—¡Pagarás si lo haces! ¡Lo lamentarás algún día! Se retorcía de dolor, a causa de los golpes recibidos, mientras Duncan le miraba tranquilamente, como si examinase a un hombre que estaba ya muerto.

—He lamentado ya tantas cosas que una más no importa —dijo con suavidad—. Y un nuevo «asesinato» no perjudicará más mi bonita historia.

Bradley intentó abalanzarse sobre sus pies. Hizo un terrible esfuerzo para derribarlo a tierra mientras aullaba de desesperación.

Duncan no se inmutó.

Movió otra vez la bota derecha, castigó con la espuela la cara de su enemigo. Los alaridos de éste fueron tan terribles que hasta Duncan hizo un gesto de desagrado. Decidió terminar, y de dos puntapiés a la boca de Bradley le impidió seguir gritando.

Lo levantó, le escupió en la cara y luego lo dejó caer a tierra como un guiñapo.

—No mereces otra cosa, Bradley. Ni mereces otra despedida antes de tu ejecución.

—Déjame vivir… No… no lo lamentarás.

—¿Ahora suplicas, Bradley? Muy bien, lo pensaré. Puede que te deje vivir… en el otro barrio.

Paseó su mirada por la habitación, mientras Bradley seguía el movimiento de sus ojos ansiosamente.

—¿Qué buscas? —balbució.

—¿Qué voy a buscar? —contestó Duncan con una tenue sonrisa —. Una cuerda…

CAPÍTULO VIII

La encontró fácilmente, porque una cuerda es algo que jamás falta en una casa del Oeste. Valiéndose de su cuchillo la partió en dos mitades, y con uno de los cabos ató a la espalda las manos de Bradley. Éste había intentado primero arrastrarse hacia la puerta, pero Duncan se lo impidió con una terrible patada en plena cabeza. Luego trató de sujetar uno de los rifles que había cerca de la entrada, pero un gancho al mentón lo envió por tierra, sin fuerzas, jadeando estruendosamente.

Con el otro cabo, Duncan hizo un nudo corredizo y tranquilamente lo pasó por el cuello de Bradley, que se arrastraba por el suelo sin fuerzas para otra cosa. Pasó el extremo de aquella cuerda por entre los barrotes de la cama y tiró suavemente, de modo que la cabeza del condenado quedó pegada a aquellos barrotes y con el nudo corredizo apretándole la garganta.

—¡No! —aulló—. ¡Nooo…! La propia Stella gimió:

—No…

—Las ruedas de un carruaje como el tuyo dejan huellas muy claras —explicó Duncan, como si no les oyera—, y no me ha sido difícil seguirlas, aunque confieso que me ha resultado muy penoso. Creí que no llegaba nunca… Cuando iba a entrar en la ciudad, te he visto salir de ella en compañía de este tipo. He decidido seguiros y… Bueno, creo que la fiesta, después de todo, va a tener un digno final.

Ella miraba obsesionada la cuerda y el rostro congestionado del hombre que iba a morir.

—No lo hagas… Entrégalo al aguacil…

—¿Para qué perder tiempo? Esta clase de delitos se castigan con la muerte en todas partes. Vuelve la cabeza, muchacha.

Stella lo hizo. El horror le quemaba en el fondo de los ojos. Sentía que se ahogaba.

Duncan tiró de la cuerda repentinamente. Se oyó un estertor veloz, angustioso, y enseguida la cama fue recorrida por un estremecimiento.

—Ha durado poco —dijo Duncan tranquilamente—. Yo esperaba más de un gigante como él. Descanse en paz.

Luego tendió una mano a la muchacha, tiró de ella, para sacarla del lecho, y la llevó al exterior de la casa.

La muchacha estaba completamente aturdida. No sabía bien lo que estaba ocurriendo.

En algunos momentos tenía la sensación de estar viviendo un condenado sueño del que en cualquier momento debía despertar.

Pero la mano ruda del hombre era una realidad, no un sueño. Notó que tiraba de ella, que su cuerpo rozaba el cuerpo ágil y musculoso de Duncan.

—¿Adónde me llevas?

—No preguntes ahora nada, muchacha.

—Nunca te comprenderé… Has matado a ese hombre con una frialdad absoluta. ¿Cuál ha sido siempre tu mundo, Duncan? ¿Tanto puedes odiar en sólo unos minutos?

—¿No le odiabas tú?

—Era distinto.

—La ley de esta tierra es dura e implacable —dijo sordamente él —. Los delitos y los errores se pagan inmediatamente, sobre el mismo terreno. Desgraciadamente éste es un país donde aún no podemos perdonar.

—¿Quizá por eso no te han perdonado a ti?

—Quizá por eso.

Ella intentó resistirse aún. No quería seguir al hombre, no quería penetrar otra vez en su extraño mundo.

Pero Duncan la atraía lenta, irresistiblemente, y al mirar sus ojos era cuando la muchacha tenía aquella extraña sensación de que todo era un sueño.

—No puedes quedarte aquí. Ven…

Stella decidió no oponerse más.

Le siguió a trompicones, como si estuviera borracha.

CAPÍTULO IX

La luz de la luna los bañó a los dos. El rostro de Stella era como una mancha plateada en la lividez de la noche. Un silencio total, espantoso, los envolvía después de aquellos minutos de violencia.

—¿Por qué has vuelto, Duncan? —susurró ella—. ¿Por qué no has tratado de huir más lejos?

—Debe ser porque me haces falta.

—¿Me necesitas para qué?

—Para que Buntrop no se acerque demasiado a mí. Tú eres la garantía de que no va a molestarme mientras yo permanezca sobre la tierra de este Estado.

Stella tragó saliva penosamente. Aún no había recobrado la serenidad, todavía creía estar viviendo aquella terrible pesadilla.

—Por un momento había creído ver en ti un hombre distinto —balbució—. Había llegado a pensar que incluso eras capaz de obrar desinteresadamente.

—Un granuja siempre se mueve a impulsos del egoísmo —murmuró él—. ¿O es que acaso no sabes lo que soy? ¿No sabes que me buscan por el asesinato del padre de Buntrop?

Ella evitaba mirarle. La muchacha tenía los ojos perdidos en la lejanía, y parecía replegarse en sí misma, hundirse en sus propios pensamientos y en su enorme horror.

—¿Vas a llevarme contigo? —balbució al fin.

—Sí.

—Te propongo un trato… —dijo con un soplo de voz—. Deja que me quede aquí. Te prometo que retendré a Buntrop lo que haga falta, hasta que tú puedas salir del Estado. Le diré que no te he visto más. Una mujer tiene cien medios para retener a un hombre todo el tiempo que considere necesario.

—El trato no me conviene —dijo sombríamente Duncan.
—¿No te fías de mí?
—No es sólo eso… Es que además me ocurre algo inexplicable. Quizá es que no quiero que estés junto a Buntrop —dijo en voz baja, como si las palabras surgieran del fondo de sí mismo.
Luego señaló la cuadra, donde sin duda habría al menos un par de caballos.
—Vamos —dijo—. El tiempo apremia. Hay que largarse de aquí.
La luna se estaba ocultando, y gruesos nubarrones presagiaban tormenta.

Buntrop había decidido que un hombre sólo captura mejor a otro hombre solo. Un grupo de jinetes llamaría mucho más la atención y pondría sobre aviso a Duncan allí donde se encontrara. Por eso resolvió despedir a sus comisarios y continuar la persecución sin ayuda de nadie.
Lo que necesitaba no eran revólveres, sino astucia.
Pensando en lo que podía haber hecho Duncan, y tratando de ponerse en su lugar, se encaminó hacia el sur, trotando durante casi doce horas, hasta llegar a la vista de un magnífico rancho que estaba situado en el centro de la llanura.
Aquél era el rancho que había sido de su padre y que ahora les pertenecía por igual a él Buntrop, y a su hermanastro Josiah. Un rancho próspero, grande, digno de todos los cuidados, pero donde él apenas ponía los pies, porque prefería su oficio de cazador de hombres.
Veía a lo lejos a los vaqueros vigilando las manadas. Divisaba a las mujeres limpiando las habitaciones superiores cuyas ventanas estaban abiertas, y oía la canción del herrero mientras iniciaba su trabajo. Todo en el rancho era paz, actividad y riqueza. Un buen rincón para vivir con Stella, cuando la hubiese encontrado y ambos fueran marido y mujer.
Hizo sonar de un modo peculiar la campana que colgaba de un palo, delante del porche, y que servía para llamar a los vaqueros. El herrero dejó su trabajo, y desde su cobertizo le hizo una seña con el brazo.
—¡Bienvenido, Buntrop!
—Hola, Clem.
La puerta del rancho se abrió. Un hombre bajito y delgado, un

tipo insignificante en comparación con los hombres rudos del Oeste, apareció en el umbral. Vestía con elegancia, incluso un poco atildada, pero eso no ocultaba sus defectos físicos. Todas las desdichas parecían haberse concentrado sobre el menguado cuerpo de Josiah, que además era ciego.

Sonrió, con la cara vuelta hacia el lugar donde estaba Buntrop.

—He oído tu toque de campana… Por fin has vuelto…

—Sólo por media hora, Josiah.

—¿Sólo? ¿Pues qué ocurre? Yo creí que ya traías aquí a tu mujer. Me dijiste que lo dispusiéramos todo porque los dos ibais a vivir en este rancho.

—Cierto, pero antes he de hacer otra cosa. Buntrop descabalgó y estrechó la mano de su hermanastro. Éste, como siempre, tenía la piel helada.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —preguntó.

—Persigo a un hombre.

—Como siempre, ¿no?

—Éste es distinto. Se trata de Duncan, el que asesinó a nuestro padre.

Josiah quedó un momento rígido. Su barbilla tembló levemente, mientras parecía meditar sobre aquella increíble situación.

—¿Es que logró huir?

—Sí, y lo he estado persiguiendo durante meses.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Pobre Josiah! ¿De qué me podía servir tu ayuda? —Luego se dio cuenta de que acababa de cometer una incorrección—. Bueno, quiero decir que no valía la pena molestarte con una historia que, al fin y al cabo, era exclusivamente mía. He tenido a ese hombre acorralado muchas veces y siempre ha logrado escabullirse. Y ahora he venido porque…

—¿Piensas que puede estar aquí?

—Trato de ponerme en su lugar. Este rancho es grande y tiene buenos escondites. Puede haber pensado que éste es el único lugar del mundo donde no se me ocurriría perseguirle.

—Su audacia no llega a tanto, Buntrop. Precisamente, como ahora estamos reuniendo las reses, no hay rincón que nuestros vaqueros no hayan escudriñado.

Buntrop sonrió de una manera impersonal y lejana.

—Eso de «nuestros vaqueros» me suena a raro, Josiah.

—Pues son tanto tuyos como míos. Este rancho nos pertenece por igual a los dos.

—Pero desde que murió nuestro padre, yo no he puesto más que un par de veces los pies aquí, y tú te has acostumbrado a sentirte el amo. No creas que te lo reprocho, Josiah. ¡Es tan natural! Incluso te diré que me siento un poco avergonzado por venir a turbar tus costumbres. No sé si te molestará que Stella y yo vivamos aquí, después de la boda, y yo cuelgue la estrella y me convierta en ranchero. Ya es hora de que tenga un domicilio fijo y deje de correr aventuras.

Josiah también sonrió.

—Me parece muy lógico, y ya sabes que acepté enseguida que me hablaste de eso. Aquí viviréis bien.

—Josiah, yo… Quiero decir que, por el hecho de vivir yo aquí, no has de empezar a prepararme cuentas de ninguna clase. Yo no quiero repasar nada de lo anterior. Doy por bueno todo lo que hayas hecho.

Era el modo más delicado que se le ocurría de decirle a Josiah que, si había alguna irregularidad, él no quería enterarse. Buntrop no era tonto, y se daba cuenta de que un rancho tan próspero tenía que rendir mucho más que lo que Josiah le enviaba, en concepto de mitad de los beneficios, después de retirarse un sueldo para sí como administrador. Al fin y al cabo es casi natural que uno que toca dinero acabe manchándose con él. Si Josiah se quedaba algunos dólares extra hacía bien, puesto que suya era la labor en el rancho. Y el pobre muchacho tenía tantas desgracias que bien estaba el que se tomase algunas compensaciones.

Tampoco tenían importancia unos miles más o menos. Buntrop no los necesitaba para vivir. Claro que, cuando estuviera casado con Stella y viviese allí, todo sería distinto.

Josiah se encogió de hombros.

—Yo siempre estoy dispuesto a que se comprueben mis actos.

—Por Dios, nada más lejos de mi pensamiento… Lo que me preocupa es otra cosa. ¿No habrá posibilidad de que Duncan se haya ocultado aquí?

—Ninguna.

—Entonces voy a marcharme, Josiah. Veo que mi inspiración ha

fallado. Es ya la segunda vez que me equivoco en veinticuatro horas. Antes busqué al fugitivo por los farallones. Ahora lo he buscado aquí.

—¿No tienes ninguna pista?

—Confieso que ninguna. Y me corre prisa dar con él.

—¿Cómo está Stella?

Buntrop no explicó que precisamente tenía prisa porque Stella estaba en poder de Duncan. Dijo vagamente:

—Bien…

—¿Entonces no te quedas ni a tomar una copa?

—No… Siento tener que dejarte, Josiah. Los problemas de que yo me ocupo no pueden aplazarse para otro día.

Estrechó la helada mano de su hermanastro y volvió a montar. Llevaba lloras y horas sobre la silla, pero no sentía cansancio. Un afán de venganza, una fiebre que casi era asesina, le dominaba.

Había llovido mucho durante la noche en zonas aisladas de la llanura. Chaparrones repentinos, bruscos, que caían como una tromba sobre cien metros cuadrados mientras un poco más allá continuaba la sequía. Pero Duncan y Stella, en su marcha, fueron alcanzados por dos o tres de esos chaparrones. Duncan dio su chaquetón a la muchacha, para que se cubriera, pero ella se negó obstinadamente a aceptarlo. Dijo que no quería nada de un pistolero como él.

Duncan tuvo que ponerle el chaquetón a la fuerza, pero por la mañana, cuando amaneció de nuevo, la muchacha tenía fiebre.

Duncan lo notó a simple vista. Conocía bien todo lo que puede ocurrir en la pradera, y no necesitó ni siquiera tomarle el pulso. Con expresión preocupada dijo:

—Te sientes mal, ¿no?

—¿Qué te hace suponer eso? Me encuentro perfectamente.

—Te has empapado esta noche, a pesar de que no hayas querido quejarte. Y ahora tienes fiebre.

—¿Y qué, si la tengo? —dijo ella abruptamente—. Es asunto mío.

—Y mío. Este viaje lo hacemos los dos.

Stella no contestó. Se limitó a adelantar un poco más su caballo, para que Duncan no pudiese verle la cara.

Duncan comprendió que a nada conducía discutir ahora.

Con el sol implacable que iba a caer sobre ellos, la muchacha podía sentirse mejor o empeorar. Había que confiar en su naturaleza. Él no tenía medicinas ni podía hacer nada más.

Pero Stella empeoró.

Hacia las diez empezó a hundir la cabeza, vacilando. A las once deliraba. A mediodía fue ya incapaz de sostenerse sobre la silla del caballo.

Duncan suplicó:

—Por favor, aguanta un poco más… Ella no contestó.

Su rostro se iba volviendo ceniciento. Sus ojos estaban cerrados.

Duncan reflexionó velozmente, mientras una mueca de angustia curvaba sus labios.

A unas diez millas solamente, tras las montañas grises que tenía ante él, estaban los límites del Estado. Más allá no podía cogerle Buntrop, ni podría perseguirle persona alguna de no mediar una orden especial que tardaría semanas en conseguirse. Una galopada más y estaría a salvo, sin complicaciones, puesto que además ya no necesitaba a Stella.

El emplearla como rehén había sido innecesario. Estaba libre.

Sólo tenía que despedirse de la muchacha, picar espuelas y llegar a las cercanas montañas.

Dejar a la muchacha…

¿Qué sería de ella en una llanura que no conocía? ¿Cómo podría sobrevivir, cuando la fiebre la hiciese caer a tierra?

Durante unos angustiosos minutos, con los ojos semicerrados, Duncan reflexionó sobre su problema. Oyó dos voces amargas, la de su propia seguridad y la de su conciencia.

Al fin la última triunfó. Tomó las riendas del caballo de Stella y dijo en voz baja:

—Vamos a Río Caridad.

—¿Qué es Río Caridad? ¿Una población?

—Sí, una población pequeña. Pero puede ser que allí encontremos un médico.

—Y un alguacil.

—Efectivamente.

Ella le miró con sus ojos enrojecidos, mientras intentaba dominar el temblor de sus dedos.

—¿Sabes que vas a correr un grave peligro, Duncan?

—En eso no hay que pensar nunca.

—Yo no conozco mucho esta zona, pero me parece adivinar que detrás de aquellas montañas está la frontera.

—Sí.

—¿Y vas a desviarte? ¿Vas a llevarme a Río Caridad? Duncan apretó los labios. Dejó de mirarla, como si ella no le interesase. Dijo solamente:

—Ven.

Río Caridad, que estaba a unas ocho millas, alejándose de la frontera, era un villorrio de casas de adobe que sólo los indios frecuentaban. Unos cuantos comerciantes blancos vivían allí. Despachaban ríos de *whisky* a los indios, y ellos mismos se abotargaban de tanto beber. Era la única manera de olvidar el calor, de entretener su soledad, de no pensar en aquella cochina tierra en la que ganaban su vida, pero donde en realidad la estaban perdiendo.

Duncan no sabía si habría un médico allí. Un alguacil sí que estaba seguro de encontrarlo.

Pero cuando apenas había alcanzado la altura de las primeras casas, musitó:

—Vaya, hemos tenido suerte.

Al hablar de «suerte» parecía referirse a una especie de bulto negro que estaba tirado junto a una casa de adobes, en la calle principal del poblacho. Era un tipo delgado, entero, vestido de negro, y debía estar borracho como una cuba. Aún sostenía una botella en la mano, mientras en su cara abotargada, cerca de la boca entreabierta, se posaban las moscas. Desde luego, la visión de aquel tipo no sugería ninguna idea de suerte, sino más bien de infortunio, y quizá de desgracia gorda.

—Aunque no lo parezca, éste es un buen médico —dijo Duncan —. Se trata del doctor Gallinger. Suele correr por estos pueblos, pero no confiaba en hallarle.

—¿Eso es un médico?

—El hombre tiene el vicio de la bebida, entre otros vicios menores, como, por ejemplo, envenenar a la gente. Pero hace años tuvo un gran renombre. Pudo haber llegado lejos.

—¿Dices que envenena a la gente?

—Está condenado a muerte. Hace un par de años se cargó a su

mujer porque ella no le dejaba beber. Desde entonces no hace más que huir de un sitio para otro.

—¿Y no le capturan?

—Si el encargado de dar con él fuese Buntrop, seguro que estaría ahorcado ya. Pero los otros comisarios no son tan implacables. Le toleran que de tumbos por aquí, teniendo en cuenta que visita gratis a los indios.

Descendió del caballo y zarandeó al borracho. Éste despertó lanzando un gruñido, y al fin, después de muchos esfuerzos y pataleos, consiguió mirar a Stella.

Ésta quedó sorprendida. Gallinger tenía ojos inteligentes. Tenía mirada de hombre que ha sido algo, que ha logrado llegar más lejos que los otros. Aunque apestaba a alcohol, su voz fue clara y firme cuando dijo:

—Esta chica está muy mal. A ver el pulso. Unas horas más y esto hubiera degenerado en una pulmonía. Pero aun así…

Stella se dejó tomar el pulso. Inspiraba una extraña confianza aquel hombrecillo sucio, destrozado, que sin embargo había olvidado por completo su borrachera al estar ante un paciente. Gallinger, confirmando su diagnóstico, dijo que tenía que ponerse en cama inmediatamente.

—De lo contrario, morirá.

—¿Quién puede darle alojamiento? —preguntó Duncan.

—Sandrigan, el presidente de la Junta de Vecinos tiene camas disponibles. Lo mismo las alquila a un enfermo que a una mujerzuela, pero para salir del paso no hay otra cosa.

—¿Y el alguacil?

Gallinger le miró pensativamente.

—Usted es Duncan, ¿no?

—En efecto, soy Duncan.

—He visto su cara en los pasquines… Bueno, ¿qué puedo decirle? La frontera está a dieciocho millas.

—Quiero saber si el alguacil de Río Caridad está en su sitio.

—No, por ahora no… Ha oído hablar de que un tipo llamado Kurzon merodea por los contornos y está vigilando. Pero volverá. Y cuando regrese le echará el guante, Duncan.

—Es verdad que Kurzon está por aquí… —Duncan se mordió el labio inferior—. Me atacó a no mucha distancia, y eliminé a tres de

sus hombres. Ahora debe quedarle un compinche. Pero puede que, persiguiéndolo, el alguacil tenga trabajo para varios días…

—Yo no confiaría tanto. Además hay otra cosa, amigo.

—¿Qué?

—Para curar a esta mujer necesito unas hierbas que sólo los indios tienen. Se hierven, se hace con ellas una cataplasma y se espera el resultado. En esta clase de enfermedades, no suelen fallar. Pero eso significa que tienes que recorrer nueve millas más y volver antes de la noche.

Añadió, dejando caer lentamente las palabras:

—El alguacil ya estará aquí.

Duncan tragó saliva, de un sabor denso y amargo. Sus ojos, sin que lograra evitarlo, fueron hacia Stella. Ella le sostuvo la mirada.

Y en aquellos ojos no hubo desafío, ni pena, ni dolor, sino una expresión indefinible que Duncan no llegaba a comprender y que sin embargo llenaba su vida.

—No vayas —susurró ella—. ¿Qué necesidad tienes de morir por mí? ¿No has querido, precisamente, utilizarme para salvarte?

—Uno no sabe a veces lo que quiere —dijo Duncan con suavidad.

Y mirando exclusivamente al doctor Gallinger preguntó:

—¿Dónde puedo encontrar a esos indios?

Los hombres entraron lentamente en la sucia ciudad, sobre dos cansados pencos. Llevaban las ropas cubiertas de polvo y una barba de algunos días. Sus rostros ligeramente crispados, indicaban que habían pasado hambre, sed, miedo, los tres enemigos implacables del que atraviesa la llanura infinita.

Kurzon se pasó una mano por la mandíbula, abrió la boca reseca y gruñó:

—Éste es un buen sitio. Nos quedaremos aquí.

—No tenemos otro remedio —dijo el que le acompañaba—. No hay otro lugar con agua en veinte millas a la redonda. Si no descansamos al menos un par de días en Río Caridad, acabaremos muriendo como dos perros.

—Pero aquí hay alguacil.

—Sí, hay alguacil —dijo pensativamente Kurzon.

Los dos hombres se miraron.

Por sus mentes pareció cruzar el mismo pensamiento, mientras

picaban espuelas y se dirigían a poca velocidad hacia el centro de la calle principal. Allí unos porches de madera, pintados de vivos colores, alegraban un poco la monotonía de las casas de adobe. En uno de esos porches habían un cartel con una sola palabra: «Law». La palabra «Ley» era suficiente para que la gente se entendiese allí. Una ley demasiado difícil, amparada en un solo hombre y en un único revólver.

Los dos jinetes se detuvieron ante la puerta. Ésta estaba cerrada. A través de los cristales se veía luz.

—El pájaro está en la jaula —dijo Kurzon.

—Mejor… Y yo no gastaría contemplaciones. No importa que nos carguen otra pena de muerte. Si nos atrapan sólo van a colgarnos una vez.

Empujaron la puerta. Kurzon iba delante. Su corpachón se recortó en el umbral, ante los ojos inquietos del alguacil, que acababa de regresar de su inútil ronda.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿No nos conoce, alguacil?

—Nunca les he visto.

—Vamos, vamos, no disimule… Seguro que nos ha estado buscando durante todo el día. ¿A qué viene hacerse el tonto ahora?

El alguacil movió ansiosamente su derecha, buscando el revólver. Pero notaba que los otros dos le estaban vigilando. Sabía que harían fuego si llegaba a empuñar el arma.

—Supongamos que les conozco —dijo—. ¿A qué han venido? ¿Qué necesidad tienen de meterse en la boca del lobo?

—¿Es que nos echa, alguacil? —preguntó burlonamente Kurzon.

—No os metáis en complicaciones. Largaos cuanto antes de aquí.

—Hubiese hablado de modo muy distinto si llega a sorprendernos usted en lugar de presentarnos nosotros —dijo Kurzon—. Resulta cómico verle sacudirse las moscas, alguacil. Bueno… —Respiró hondamente—. Quizá no le guste saberlo, pero vamos a quedarnos aquí.

—Será en calidad de detenidos.

—En calidad de dueños.

El alguacil movió la derecha rapidísimamente, intentando llegar antes que sus enemigos, pero éstos no dejaron pasar la oportunidad. Sus revólveres brotaron a la luz instantáneamente.

Dos rojas llamaradas saltaron de los cañones. El alguacil, que ya se había puesto en pie empuñando su «Colt», volvió a quedar sentado con dos espantosas manchas rojas a ambos lados de la camisa. Soltó el arma, lanzó un estertor y terminó derrumbándose de bruces sobre la mesa.

Kurzon gruñó:

—Sácalo de ahí, Mike.

—¿Vamos a enterrarlo?

—No; déjalo en la calle. Prefiero que todo el mundo se entere de que mandamos en la ciudad. Nos va a hacer falta un poco de autoridad si queremos vivir bien al menos un par de días.

El llamado Mike tomó el cadáver por debajo de las axilas y lo sacó a la calle. Sin molestarse demasiado, lo sentó en el sillón de mimbre que había al lado de la puerta. Así el alguacil de Río Caridad parecía descansar. Descansaría sin parar hasta que las trompetas del Juicio Final sonasen.

Kurzon miró en torno suyo.

—Aquí hay *whisky* y algo de comida. De momento, tenemos bastante, pero veo que no hay ninguna cama. Y yo necesito un buen sitio donde dormir. Tengo los huesos molidos.

—Siempre oí decir que había aquí un lugar donde alquilaban camas. Naturalmente, para nosotros serán gratis.

—Naturalmente… —rió Kurzon.

Consumieron lo que el alguacil tenía para su cena y luego salieron a la calle. Otro cartelito, en un local de dos pisos, anunciaba sencillamente «Beds», es decir, «Camas».

—Aquí es —dijo Kurzon.

Entraron, empujando la puerta con los pies. El local consistía esencialmente en un largo pasillo con puertas a ambos lados. Kurzon empujó la primera de ellas.

—Infiernos… —Silabeó—. ¿Te has dado cuenta, Mike? ¡Qué chica…!

Cuando una ciudad pierde la calma la pierde del todo, y los jaleos duran en ella varios días. Ésta es una vieja máxima que rara vez fallaba en las poblaciones del Oeste.

Mientras Kurzon y Mike consumían la cena del alguacil al que acababan de matar, otro hombre llegaba a la pequeña población de Río Caridad. Era un tipo de mandíbula cuadrada, ojos grises y cara

de asesino que empieza a estar aburrido de la vida de los demás y de la suya propia. Aquel tipo montaba un caballo polvoriento y examinó la calle principal de la ciudad como si detrás de cada una de sus esquinas hubiera de tropezarse con un enemigo.

Vio el bulto negro formado por un hombre que estaba medio tumbado junto a un porche. Era un tipo vestido como un caballero, pero con ropas viejas y ya pasadas de moda. Tenía sobre el regazo una botella, a la que de vez en cuando propinaba entusiastas tragos, dejándola más débil cada vez. Mientras tanto canturreaba algo en voz baja.

Buntrop, que era el recién llegado, reconoció al hombre que estaba medio borracho en el suelo. Verlo allí le causó tanto asombro que tuvo que mirarlo dos veces para convencerse de que no se equivocaba.

Descendió del caballo y se acercó a él.

—Doctor Gallinger…

El otro, medio borracho, lanzó un bufido.

—¿Ya estás aquí, muchacho? ¿Traes las hierbas? Mira que si el alguacil te echa el ojo encima…

La garganta de Buntrop fue sacudida durante unos instantes por una crispación.

—¿Quién es el que tiene que ocultarse del alguacil?

Gallinger abrió mucho los ojos y se le pasó la borrachera de golpe al ver la placa sobre el pecho del otro.

—Era… era una broma.

—¿Me conoces, Gallinger?

—Sí. Usted es Buntrop. Un cazador de hombres.

—Y sabrás que nunca bromeo.

—Sí, eso es lo que se comenta por ahí. Que no bromea jamás.

—Y sabes perfectamente otra cosa: Eres un condenado a muerte.

—Ejem… Mire por donde, eso lo había olvidado.

—Cualquier representante de la ley que te eche el ojo encima, por ejemplo yo, y esto es sólo un decir, puede clavarte una bala entre las cejas sin preguntar nada más. Encima me darían los mil machacantes de recompensa que se ofrecen por tu cabeza.

—Lo sé… Pero el alguacil de la ciudad piensa de otra manera. Yo aquí les soy útil.

—A mí me sirves más muerto que vivo… a menos que hagamos

un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Dime quién es el tipo al que esperas, y que debe evitar ser visto por el alguacil.

Gallinger se atizó otro trago.

—No lo diré, Buntrop.

—¿No?

—En mi profesión hay más borrachos, canallas e hijos de zorra que en ninguna otra, sobre todo entre los tipos que no hemos tenido más remedio que venir al Oeste. Pero también existe la decencia, Buntrop. Ese hombre se confió a mí y yo no hablaré.

—¿Tú hablas de decencia? ¿Tú, que envenenaste a tu mujer?

Las manos de Gallinger temblaron. Dejó caer al suelo su botella de *whisky*. Su escaso contenido empezó a mezclarse con el polvillo de la calle.

—Yo cometí una canallada, Buntrop, pero la he pagado con creces. La he pagado en noches interminables durante las que no podía cerrar los ojos. La he saldado con mi vida errante, de perro vagabundo. La he pagado con el desprecio que siento hacia mí mismo. Por eso no quiero cometer ninguna canallada más, Buntrop.

—Dime el nombre de ese tipo.

—No hablaré.

—¿Se llama Duncan?

Gallinger parpadeó, pero su expresión no cambió ni por un instante.

—Averígüelo usted mismo.

—No tendré piedad contigo, Gallinger. La ley está de mi parte. Dime dónde está, y si se encuentra en la población indícame en qué casa.

—Ya sé que usted es un cazador de hombres, Buntrop, y que sólo piensa en eso. Muy bien, cáceme. Estoy aquí, a su disposición. Pero por mí no atrapará a ese hombre.

—Sabes que he ejecutado muchas sentencias, Gallinger. Todo el mundo conoce mi fama de hombre implacable. No me importará ejecutar una más.

—Sí, todo el mundo conoce su fama, Buntrop. Por eso mismo no voy a ayudarle.

Buntrop le zarandeó brutalmente. Sus dientes rechinaron

mientras sacudía de un lado a otro la cabeza del borracho.

—¡Maldito imbécil! ¿Es que vas a obligarme a registrar casa por casa, exponiéndome a que me claven un balazo por la espalda? ¿Dónde está ese hombre? ¿Por qué te empeñas en ayudarle? ¡Él no movería por ti un solo dedo!

—No pretendo ayudarle a él, sino a mí mismo, a mí conciencia. Y ahora déjame, Buntrop. No veo, al fin y al cabo, que la cuestión sea tan importante. Si usted cree que Duncan está aquí, búsquelo. Es asunto suyo.

—¡Llevo meses persiguiéndole, y ahora le tengo al alcance de la mano! ¡No consentiré que se largue! ¡Y si no tengo una pista escapará! ¡Sé de lo que es capaz!

—No quiero más muertos en mi camino. En un asunto de esa clase yo no le ayudo, Buntrop.

El *sheriff* extrajo el revólver.

Sus facciones estaban crispadas, eran las de una fiera que ha llegado al límite de su paciencia.

—Si aprieto el gatillo nadie lo lamentará —susurró—. Al contrario, ganaré una recompensa.

—No se atreverá, Buntrop.

—¿No?

—Yo soy el hombre que menos miedo tiene a la muerte, porque siento asco de mí mismo. Pero aun así sé que no lo hará.

Los dientes de Buntrop rechinaron. Gallinger no le conocía bien. No sabía hasta qué punto aquel hombre podía ser un fanático.

—¡Habla!

—Usted lo ha dicho todo, Buntrop. Yo ya no despegaré los labios para nada más.

Buntrop, ciego de ira, apretó la culata. Sin que él mismo lo pensara, por un simple movimiento reflejo que venía del fondo de su furor, apretó el gatillo.

Gallinger se desplomó de costado, con los ojos espantosamente blancos, mezclando su sangre con el reguero de *whisky*.

—Una muerte injusta acompaña siempre, Buntrop —susurró con sus últimas fuerzas—. Lo lamentarás más de una vez… como lo he sentido yo estos… últimos… años…

Hundió la cabeza aún más, crispando los dedos sobre la herida, y quedó espantosamente quieto.

CAPÍTULO X

Los dos hombres habían penetrado silenciosamente en la habitación. A los dos, Mike y Kurzon, les brillaron los ojos.

La muchacha semidesnuda que estaba sobre el lecho, con los ojos cerrados y respirando fatigosamente, consumida por la fiebre, era la más bonita que recordaban haber visto en su vida. Ninguno de los dos recordó que era la misma del carruaje asaltado en la colina pedregosa. En aquella ocasión habían estado más atentos al hombre y a los caballos que a ella misma.

Kurzon balbució:

—Hemos tenido suerte…

—Nos convertimos en dueños de la ciudad —farfulló Mike—, y encontramos esto.

—Hay que cerrar la puerta con llave. Nadie nos molestará.

Mike se disponía a hacerlo, cuando en ese momento la calma de la noche fue rota por un disparo.

—¿Qué ha sido eso?

—Un «Colt» 45. A la entrada de la población.

—¿Tú crees que…?

—No. El alguacil está muerto y no tenía ayudantes. A alguien se le ha disparado por casualidad el arma.

—De todos modos me sentiré más tranquilo cuando sepa qué es lo que ocurre. Eso podía ser una señal de alarma.

Los dos hombres salieron de la casa. Fuera, la soledad y el silencio seguían siendo absolutos. Docenas de ojos escrutaban por las ventanas, pero nadie se atrevía a intervenir. Ellos no lo notaron; tenían la sensación de hallarse en una ciudad desierta.

—El disparo ha sonado por allí. Vamos.

Los dos hombres avanzaron cautelosamente, sin hacer el menor

ruido. A la entrada de la ciudad, junto a las primeras casas, distinguieron un bulto inmóvil tendido en el polvo, y la silueta de un hombre que, de pie ante él, parecía reflexionar.

Pero los dos hombres, Mike y Kurzon, no lo reconocieron a aquella distancia. Se detuvieron expectantes.

—Mira… —susurró Kurzon.

—¿Le reconoces?

—Deberíamos acercarnos más.

—Sin hacer ruido. Puede ser peligroso.

Los dos estaban hundidos en las sombras. A sus espaldas, las calles silenciosas y oscuras de la ciudad parecían acecharles.

Misteriosos susurros llegaban a sus oídos, como si de repente se encontraran en una ciudad encantada.

—Las espuelas…

Tenían la seguridad de que el hombre no podía verles desde el lugar que ocupaba. La única precaución que debían guardar por el momento era no causar el menor ruido.

Se desprendieron de las espuelas con rápidos movimientos. No provocaron ningún sonido. El hombre, frente a ellos, en la distancia, seguía quieto, recibiendo la luz de la luna.

—Vamos allá.

Se acercaron unos pasos. Las facciones del desconocido fueron haciéndose más claras y perceptibles. Kurzon susurró:

—Creo que…

—Sí —musitó Mike—. Me parece que los dos pensamos lo mismo.

Y añadió con voz ronca, pero inaudible desde unos pasos de distancia:

—Hemos tenido mala suerte. No sé por qué me parece que nuestras carroñas van a colgar en este poblacho. ¡Es el mismísimo Buntrop!

Capítulo XI

Kurzon bisbiseó:

—Nuestras carroñas colgarán aquí si somos lo bastante estúpidos para dejarnos atrapar. Pero me gustaría saber quién tiene todas las ventajas.

—¿Quieres decir que…?

—Hay que atacar antes de que nos ataque.

—¿Y si huyéramos…?

Con Buntrop nadie gastaba bromas. Sabían que era un hombre que mataba primero y hablaba después. Muchos pistoleros eran los que huían ante la sola mención de su nombre, pero Kurzon parecía tener otras ideas sobre aquel asunto.

—No podemos ir más lejos. Sabes que no encontraremos agua. Y si nos quedamos aquí y esperamos que sea él quien descubra el cadáver del alguacil, no va a parar hasta organizar una «fiesta de lazo», en la que nosotros seremos los invitados de honor. No… Hay que atacar ahora.

Mike extrajo su revólver. Podía disparar a aquella distancia. Pero Kurzon le detuvo con un gesto.

—No. Le quiero vivo.

—¿Estás loco…?

—Simple cálculo, amigo. Después de que nos hayamos divertido con la chica, él nos acompañará hasta la frontera del Estado. Será una buena garantía de que nadie va a atacarnos. Naturalmente le prometeremos la vida si nos acompaña, pero al atravesar la frontera le vaciaremos los tambores encima. Ya hace tiempo que deseo salir de este Estado y no veo modo porque las fronteras están muy patrulladas. Esto es como una ratonera…

—No es mala idea… si sale bien. ¿Cómo atacamos?

—Encañonándole, sencillamente, cuando estemos a unos doce pasos. En cuanto vea uno por cada lado, no se resistirá.

—De acuerdo.

Los dos hombres se despegaron de una de las fachadas y avanzaron cautelosamente. Mike dio un rodeo para pasar al otro lado de Buntrop, quien no parecía enterarse de nada, absorto como estaba en la contemplación del cadáver. Cuando estaban a la distancia más conveniente, Kurzon dio la señal alzando una mano.

Los dos hombres se mostraron entonces a la luz de la luna, empuñando los revólveres. Buntrop no hizo un solo gesto.

A doce pasos y con un «Colt» por cada lado, es inútil resistir.

CAPÍTULO XII

Después de varios años de perseguir asesinos y convictos por todo el Sudoeste, Karl Milton había sido distinguido con un cargo muy especial: era inspector o delegado del gobierno para la pacificación de las zonas salvajes del Oeste. Ello quería decir, ni más ni menos, que Karl Milton tenía autoridad para investigar en todos los asuntos judiciales de los nuevos territorios, ayudar a los *sheriffs*, orientarles o capturar y liquidar él mismo a los proscritos que considerara lo bastante importantes para merecer su personal y distinguida atención.

Ahora estaba haciendo una amplia investigación en toda la zona. Quería saber qué pistoleros merodeaban por ella, cuántos condenados habían logrado fugarse, qué perspectivas había allí para la ley. Karl Milton, a sus cincuenta años, era fanático como Buntrop, pero con mucha mayor astucia. Además nunca confiaba en sus solas fuerzas; lo mejor para no equivocarse es tener buenas ayudas.

Por eso le llamó tanto la atención, al examinar los casos pendientes, el hecho de que Buntrop hubiera emprendido sólo la persecución de Duncan, sin querer la ayuda de sus dos alguaciles.

—Ese hombre está loco —decidió.

—Siempre asegura que un hombre puede perseguir mucho mejor a otro hombre si va solo y no llama la atención.

—Pueden ocurrirle muchas cosas a un hombre que va solo, por buen cazador que sea, y quizá a Buntrop le ha sucedido algo —dijo Milton, sin sospechar lo cerca que estaba de la verdad—. Voy a enviar una patrulla de cinco hombres a la zona.

—¿Para ayudarle?

—Puede que lo necesite.

Encargó a su ayudante que buscara cinco comisarios, entre los

mejores tiradores que pudiese reclutar, y les prometiera una buena paga en nombre del gobierno de los Estados Unidos. Luego volvió a enfrascarse en el estudio de otros asuntos.

Los cinco hombres salieron apenas dos horas después. Todos eran excelentes tiradores y estaban conducidos por un guía experto, que conocía palmo a palmo la comarca.

Cabalgaron durante toda una noche para dirigirse a la zona de Río Caridad, en donde pensaban iniciar su búsqueda.

CAPÍTULO XIII

Kurzon y Mike avanzaron lentamente, uno por cada lado, hasta detenerse a unos cinco pasos del *sheriff* Buntrop. Éste no tenía la menor posibilidad de saltar sobre uno sin que le baleara el otro. Estaba completamente acorralado.

Kurzon dijo suavemente:

—Hubiese sido mejor para usted no venir por aquí, *sheriff*. Ha enredado las cosas.

—Si he estropeado alguno de vuestros planes, me alegro de haberlo hecho.

—Pensábamos quedarnos aquí a descansar, porque el poblado no nos disgusta del todo. Pero, puesto que ha venido aquí, no tenemos más remedio que invitarle a hacer lo mismo, *sheriff*. Usted también «descansará».

—Un descanso de muchos años, ¿verdad?

—¡Uf! Muchísimos. Hay quién dice incluso que es un descanso eterno.

Buntrop se dio cuenta de que iban a matarle sin vacilaciones, como a un perro rabioso.

Saltó a la desesperada sobre Kurzon, que era el enemigo más próximo, decidido al menos a morir luchando. Pero Kurzon, con una sonrisa, se limitó a alzar el revólver y a dejarlo caer dos veces sobre la cabeza del *sheriff*, cuando éste llegó junto a él. Buntrop dio un par de pasos, vacilante, intentó abrazarse a su enemigo, que se había retirado mientras lanzaba una carcajada suave, y luego cayó a tierra.

Kurzon le dio un terrible puntapié en la boca, haciéndole escupir un hilo de sangre.

—Han terminado tus aventuras, Buntrop —masculló—. Ya no

perseguirás a nadie más en esta tierra. Tú, que a tanta gente enviaste a la horca, morirás en la horca también. ¡Pronto, Mike, una cuerda!

Otro puntapié hizo que el revólver de Buntrop saltara por los aires, lejos de su alcance. Mike, mientras tanto, buscaba una cuerda con los ojos, sin hallarla.

—Puede servir también un cinturón —dijo.

—Cierto, dámelo.

Mike despojó del suyo al cadáver del médico y avanzó con él. Pasó un extremo por la hebilla, ciñendo el cuello de Buntrop. Éste estaba tan aturdido después de los dos culatazos que no pudo resistirse.

Sólo se daba cuenta vagamente de que iba a morir. Hubiera deseado luchar, seguir combatiendo hasta el fin, pero sus músculos se negaban a obedecerle.

Oyó que Kurzon decía:

—Vamos a arrastrarle entre los dos. Será una bonita ejecución. No morirá hasta que lleguemos al final de la calle.

Se dispusieron a tirar del cinturón ambos a la vez. Sus rostros brillaban de júbilo, ante el placer anticipado del suplicio de Buntrop. Aquello sería cien veces peor que una ejecución normal. Fueron a dar el primer paso cuando una voz metálica dijo desde el porche situado a su izquierda:

—Yo no me daría tanta prisa, amigos.

Los dos miraron hacia allí, asombrados. Vieron vagamente la sombra de un hombre y un poco más allá, la de un caballo. Las facciones del hombre, entre la semioscuridad, resultaban irreconocibles.

Los dos soltaron el extremo del cinturón. Fueron a empuñar sus revólveres, que habían vuelto a guardar en las fundas.

—Repito que no tanta prisa, amigos.

El hombre que estaba en la penumbra avanzó. Los dos pistoleros lanzaron una maldición al reconocerlo. Era el mismo al que habían atacado poco antes, cuando iba en un carruaje con una muchacha, pero ahora le distinguieron con más claridad.

—¡Duncan!

Duncan llevaba un revólver al costado derecho. Su mano descansaba cerca de la culata, en una postura casi indolente. Todo

su cuerpo estaba relajado; no denotaba la menor emoción, ni una pizca de miedo.

Más bien daba la sensación de que aquello le producía aburrimiento.

—Dicen que eres buen tirador, Kurzon —susurró—. Aunque no sé si lo serás tanto disparando cara a cara. Tu especialidad es la espalda.

—¿Vas a desafiarnos a los dos?

Duncan se encogió de hombros.

—Así ahorro tiempo…

—Estás loco… ¡Y al fin y al cabo tú también eres uno de los nuestros! ¡Deberíamos unirnos los tres!

—Yo no asesino por la espalda, ni violo mujeres, ni robo por los caminos —dijo Duncan, siempre con la misma suavidad—. Yo, por lo visto, sólo soy un asesino de viejos indefensos.

Acercó un poco más la derecha a la culata del revólver.

—¡Disparad!

Buntrop asistía, desde el suelo, a aquella escena que unos minutos antes le hubiera parecido inimaginable.

Hubiese querido intervenir, pero las fuerzas le fallaban. Intentó ponerse en pie y cayó de nuevo a tierra. De sus labios partidos seguía brotando la sangre.

En aquel instante los tres hombres se pusieron en movimiento.

Kurzon y Mike llegaron a «sacar», pero sólo lograron hacerlo cuando ya Duncan había disparado a través de su funda. La primera bala alcanzó a Kurzon y la segunda a su lugarteniente Mike. En realidad pareció como si fueran una sola. Con su perfecto dominio de las distancias, Duncan había calculado exactamente el giro que tenía que dar al revólver. Mike saltó hacia atrás mientras su jefe caía de bruces. Los dos hicieron luego un movimiento extraño, pareciendo chocar en el aire. Duncan no volvió a disparar porque sabía que, unos segundos más tarde, los dos estarían muertos.

En silencio, como el que contempla el final de un experimento cuyo resultado ya conoce de antemano, esperó a que terminaran de moverse. Sólo tardaron, en efecto, unos segundos.

Luego avanzó hacia Buntrop.

Éste trataba de quitarse el lazo del cuello. Tenía el rostro congestionado. Aún no podía ponerse en pie, y eso le hacía

mantenerse de rodillas ante el hombre a quien había perseguido por todo el Estado.

Se sentía tan lleno de humillación, de rabia, que las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Ésta va a ser tu noche gloriosa, Duncan —susurró—. La mejor noche de tu vida. ¿A qué aguardas para disparar? ¿Por qué no me matas?

—Yo no mato a sangre fría, Buntrop, aunque tú creas lo contrario.

—Sangre fría o no, será mejor que me liquides ahora. Sabes que yo nunca perdono. Sabes que te perseguiré mientras vivas si ahora no me clavas una bala entre las cejas.

Duncan movió la cabeza lentamente, de un lado a otro.

—Lárgate de aquí, Buntrop.

—¿Por qué… no has huido? Pudiste hacerlo… La frontera está muy cerca.

—Tenía que ayudar a alguien.

Buntrop jadeó.

—¿Stella?

—Sí.

—¡Maldito perro! ¡Te voy a…!

—Cuidado, Buntrop, no estás en situación de ladrar demasiado.

—¿Qué le has hecho a Stella?

—No le he hecho ningún daño… ni se lo causaré nunca.

—¿Dónde está? ¡Quiero saber dónde está!

Duncan sonrió lejanamente.

—Lárgate, Buntrop. Es tu oportunidad para seguir vivo. No la desaproveches.

Guardó el revólver y le volvió la espalda, caminando hacia la parte interior de la población, donde había dejado a Stella. Pero Buntrop, que ya había empezado a recuperarse, no perdió el tiempo.

Bruscamente se lanzó sobre él.

Alcanzado por sorpresa, Duncan cayó de espaldas, mientras su enemigo le golpeaba en el cuello. Durante algunos segundos quedó sin respiración, con la sensación de que le habían roto la tráquea.

Buntrop le golpeó otra vez.

Era fuerte como un oso y hábil en la lucha cuerpo a cuerpo.

Aprovechando la momentánea debilidad de Duncan, le sujetó por los hombros y le volteó por encima de su cabeza.

Duncan cayó aparatosamente a tierra.

El ataque había sido tan imprevisto y la sorpresa tan total, que acababa de recibir dos impactos capaces de dejarle «groggy». Y lo peor era que no veía el modo de reaccionar velozmente.

El revólver había resbalado de su funda. Aunque tampoco pensaba emplearlo, aquello era una desventaja. Disponer de la culata a modo de martillo, le hubiera convenido mucho.

Buntrop se lanzó de nuevo a la carga contra un enemigo tumbado de espaldas en el suelo.

Pero esta vez se encontró con una bota en el bajo vientre. La pierna derecha de Duncan, flexionada, se tensó de pronto y le envió por los aires, lanzando un aullido.

La espalda de Buntrop chocó con los peldaños de un porche. Quedó sentado sobre ellos, mientras la furia que le devoraba le hacía lanzar secos gruñidos.

Volvió a la carga, pero ahora Duncan estaba en pie ya. Sus brazos largos y ágiles, se movieron antes de lo que Buntrop esperaba.

El primer impacto le partió una ceja. El segundo le alcanzó en el pómulo izquierdo y le hizo bambolearse hacia la derecha. El tercero le alcanzó en el pómulo del lado opuesto y le obligó a quedar tieso.

Una campana empezó a sonar en el cráneo de Buntrop. Se dio cuenta de que estaba al borde del K.
O. Pero
eso hizo que se redoblara su odio.

Atacando furiosamente, a ciegas, logró conectar un terrible derechazo en la mandíbula de Duncan.

Éste cayó hacia atrás. Su espalda chocó con la columna del porche que tenía a su espalda. No se dio cuenta de que había atravesado volando casi toda la calle. Si aquel derechazo llega a recibirlo en un *ring*, sale volando por encima de las cuerdas.

Ahora la campana sonaba en el cerebro de Duncan. Éste lo veía todo borroso. Pero se daba cuenta de que el golpe de su enemigo había sido cosa de suerte, y de que Buntrop estaba mucho más tocado que él.

Por eso esperó, respirando fuertemente, a que el otro atacase.

Apoyado en la columna del porche, daba la sensación de ir a caer de un momento a otro.

Con un gruñido de triunfo, Buntrop atacó de nuevo.

Duncan se ladeó en el último instante. El puño que iba directo a su rostro, se estrelló contra la madera de la columna con un terrible chasquido de huesos. El aullido de dolor de Buntrop se escuchó en toda la calle. Inmediatamente un cruzado le hizo saltar la otra ceja, llenándole los ojos de sangre, y un gancho a la mandíbula le envió hacia atrás hecho un fardo.

Todavía con las energías de una fiera que no se resigna a morir, Buntrop se puso en pie.

Pero ahora era Duncan el que atacaba. Le golpeó el hígado con dos crueles zurdazos, dejándole sin respiración, y luego le sujetó como si fuera un saco, arrojándole por encima de su cabeza.

Buntrop atravesó volando lo que quedaba de calle, pasó por un porche y acabó destrozando con su cuerpo los cristales de una de las ventanas. Se encontró dentro de una habitación donde un par de mujeres sucias, tristes y morenas le contemplaban en silencio. Quiso ponerse en pie, decidido a luchar aún, y no pudo.

Duncan pasó una pierna por el alféizar de la ventana, entró en la habitación y volvió a voltear a Buntrop, ahora sacándolo fuera. Buntrop dio varias vueltas sobre las tablas del porche, resbaló por los peldaños y terminó quedando inmóvil en el polvo, respirando afanosamente, sin fuerzas para mover ni los brazos.

Le parecía como si tuviera agujas clavadas en el pecho. No podía respirar.

Duncan se acercó lentamente a él. Tintineaban sus espuelas.

—Mátame ahora, Duncan. De lo contrario… te mataré yo.

—Te he dicho que tengo cosas más importantes que hacer. ¡Largo de aquí!

—No pararé hasta… que te vea muerto.

—Pues entonces no vas a parar en toda tu perra vida, amigo. ¡Largo!

Le levantó, le sujetó por la camisa y le arrojó al otro lado de la calle como si fuera un fardo. Buntrop dio varios pasos en falso, vaciló dos veces, pareció a punto de caer y al fin consiguió tenerse en pie. Sin revólver y sin fuerzas, avanzó medio arrastrándose a lo largo de la calle.

Duncan recuperó su arma, la introdujo en la funda y fue luego a recoger el paquete de hierbas que había traído de territorio indio. Con él bajo el brazo, se encaminó al lugar donde dejara a Stella.

Ésta respiraba fatigosamente. La fiebre había subido. Dirigió a Duncan una mirada de incredulidad.

—¿Por qué… has vuelto?

—¿Y por qué no había de volver?

—Te juegas tu libertad…

—Tú te jugabas la vida, que es más importante.

En cada habitación había una chimenea no muy grande, para encender fuego en los crudos días del invierno. Duncan hizo brotar unas llamas de la pila de leña acumulada, tomó un gran recipiente de barro cocido que colgaba de una de las paredes, lo llenó de agua y puso a hervir las hierbas. Notaba la mirada cálida de Stella siguiéndole en silencio mientras iba de un lado a otro de la habitación. Una mirada cansada, silenciosa, donde latía una expresión indefinible.

—He oído disparos —susurró ella al cabo de algunos minutos—. ¿Quién más ha llegado a la población?

Duncan resolvió no mentir. Dijo sin mirarla:

—Buntrop.

Los hombros de la muchacha tuvieron un estremecimiento. Sus ojos se cerraron.

—¿Está aún aquí?

—No. Tuvimos una disputa.

—¿Ha… muerto?

—No.

La infusión ya hervía. Duncan tenía la mirada quieta en las llamas, fija, hipnótica.

—¿Por qué vas a casarte con él si no le quieres, Stella? —preguntó inesperadamente.

—¿Quién te ha dicho que no le quiero?

—Tú misma. Me lo ha dicho el tono de tu voz, que no sabe mentir. Preguntabas por su muerte como lo hubieras hecho por la muerte de un tutor. Lo único que sientes por él es respeto.

Con las mismas toallas que había para secarse en la habitación, preparó hábilmente una cataplasma.

—Y del respeto al miedo, ¿qué hay? —susurró luego, sin mirar a

la muchacha.

—No digas eso.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte años.

—¿Y desde cuándo eres novia de Buntrop?

—Desde los dieciséis.

—¿Sabe una muchacha de dieciséis años lo que quiere? —musitó él—. ¿Con quién habló primero? ¿Contigo o con tu padre?

—Con mi padre.

—Muy propio de Buntrop —refunfuñó Duncan—. El, siempre tan buen seguidor de las viejas costumbres… Bueno, ¿quién puede remediar ya las cosas? Tú te casarás con Buntrop y tendréis muchos hijos. Al menos uno de ellos será *sheriff* y perseguirá a algún hijo mío, que sin duda será forajido.

—No digas eso.

—¿No es un porvenir muy razonable?

—¿Con quién vas a casarte tú para tener hijos? Duncan sonrió débilmente, con una mirada lejana, mientras destapaba a la muchacha y aplicaba aquellos paños calientes sobre su piel. No pareció impresionarle demasiado la belleza de su busto desnudo. Más bien parecía estar hundido en sus recuerdos, ser prisionero de sus sentimientos secretos.

—Nunca he amado a una mujer —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Nunca?

—Bueno, quizá ahora haya descubierto lo que es eso —murmuró, desviando la mirada.

Y salió de la habitación. Dormiría en el pasillo, cerca de la puerta, para evitar cualquier sorpresa a Stella. En cuanto a él, sabía que al menos por aquella noche, nadie más vendría en su busca.

Amaneció un día alegre de brillante sol. Duncan se desnudó de medio cuerpo para arriba, fue al patio posterior y se lavó meticulosamente en el pozo.

Cuando tuvo un aspecto más presentable, entró a ver a Stella. Ésta acababa de despertarse, y el sueño reparador había producido beneficiosos efectos en ella. El tratamiento de las hierbas indias también se mostró muy eficaz. La muchacha ya apenas tenía fiebre.

—Esto va mejor —dijo Duncan, dejando de tomarle el pulso—. Creo que mañana podrás levantarte.

—Y tú podrás huir. La frontera está cerca.

—No lo haré hasta después de mañana.

—¿Por qué no?

—Este poblado es de lo peorcito que hay en el Sudoeste. Y ahora va a ser muchísimo peor, porque el alguacil está muerto. Mientras me lavaba, he visto cómo unos cuantos vecinos le llevaban al cementerio. Dejarte sola aquí sería quizá condenarte a lo peor.

—Tú no sabes lo que haces, Duncan.

—Claro que lo sé, muñeca.

—¡Pudiste huir cuando yo me puse enferma! ¡Entonces Buntrop ni siquiera tenía tu pista! ¡Podías estar ahora a salvo, si te hubieras olvidado de mí!

—Olvidarme de ti va a ser difícil, pequeña.

Ella le miró intensamente. Sus labios temblaban. Cerró un momento los ojos para que Duncan no viese la turbación que palpitaba en ellos.

—Sé lo que estás pensando, Duncan. Y es una maldita locura.

—¿Qué es lo que piensas tú?

—Otra… locura parecida.

Duncan, que estaba cerca, tiró de ella suavemente, tomando sus manos. No hubo de hacer ningún esfuerzo para sentir aquel cuerpo junto al suyo, para notar el pálpito suave, tímido, del corazón de Stella. Para sentir en lo más hondo de su alma que allí comenzaba una aventura condenada al dolor y al fracaso, un minuto de su vida que sólo dejaría un rastro de soledad y de dolor para los dos.

El beso en sus labios fue tímido, fue breve, fue casi un beso de despedida.

—Estaba cansado de huir sin alejarme del Estado, para buscar pruebas de mi inocencia —susurró Duncan, manteniendo su boca muy cerca de la de Stella—. Estaba harto de una lucha inútil, sin esperanzas… Jamás lograría demostrar que yo no maté al padre de Buntrop. Entonces decidí huir para siempre y quise llegar a la frontera con alguna garantía. La seguridad eras tú, Stella. No sé si podrás perdonarme alguna vez… Sólo te juro que no pensaba hacerte el menor daño.

—Lo sé, Duncan. Casi diría que me has hecho… mucho bien.

—Eso sí que no es posible.

—Me has descubierto algo que ya sabía, pero en lo que no

quería creer. Me has demostrado cuál es la verdad de la vida.

—Al hacerte ver que no amas a Buntrop no te he hecho ningún favor, pequeña. Conocer la verdad suele ser muy doloroso en la vida. Más vale, a veces, vivir engañado siempre… Lo siento, Stella. Yo no soy más que un forajido. Por Dios, no tomes mis anteriores palabras en cuenta.

La depositó suavemente en el lecho y añadió:

—Debes tomar algún alimento. Yo miraré de arreglármelas para que lo tengas. Y ahora descansa… Mañana me marcharé de la ciudad.

Dio media vuelta y salió de la habitación. Antes de cerrar la puerta oyó el grito angustiado:

—¡Duncan!

Cerró a su espalda. Tenía los ojos turbios. El único episodio hermoso que había existido en su vida estaba a punto de terminar. La única cosa blanca que había en una vida negra, iba a esfumarse para siempre.

Bueno, no podía seguir pensando en eso.

Al diablo.

Un hombre que huye no tiene opción para pensar lo mismo que los demás hombres. No tiene derecho a querer. No debe soñar con una mujer que le espere en un hogar sin violencias.

Apretó los labios, cruzó la calle y entonces vio aquellos puntitos oscuros en la soledad de la llanura.

Eran jinetes. Cinco.

Duncan arrugó el ceño. Podía tratarse de una banda, pero unos bandidos no se mostrarían tan abiertamente, en pleno día, ante un pueblo donde había un alguacil, porque aún no podían conocer la noticia de su muerte. Más bien podía tratarse de una patrulla que le buscaba precisamente a él.

Sí, eso tenía que ser.

Termino de cruzar la calle y fue a ocultarse en la parte trasera de una de las casas. Desde allí, anhelante, aguardó a que las figuras se hiciesen más visibles.

Vio que todos los jinetes llevaban placa. Evidentemente venían a buscarle a él.

Suspiró con cansancio.

Ya procuraría que no le encontraran. Con un poco de suerte, y

aprovechando los primeros momentos, podría huir. Ahora Stella ya no le necesitaba; estaría atendida.

Iba a dirigirse a la cuadra donde se hallaba su caballo cuando de pronto sintió un objeto metálico en la espalda.

Y una voz no menos seca advirtió:

—Quieto, Duncan. Ahora han cambiado las tornas, ¿eh? La juerga ha terminado.

El joven tragó saliva, y esa saliva le supo amarga.

Era la voz de Buntrop.

El *sheriff* tendió una mano y retiró con un suave gesto el revólver que el joven llevaba colgando en la funda.

—He estado buscando mi ocasión durante toda la noche —dijo Buntrop—, y al fin he podido atraparte. Ahora no escaparás, Duncan. Ahora responderás ante la ley de todo lo que has hecho.

Duncan dijo resignadamente:

—No recuerdo haber matado a ninguno de tus hombres, en los encuentros que hemos tenido. A uno le atravesé una nalga y no podrá sentarse en una temporada. Es todo el estropicio que recuerdo haber hecho.

—No te he buscado por eso.

—¿Aún crees que maté a tu padre?

—Eso el Jurado lo decidirá.

—Yo no le maté, Buntrop. Yo sólo acepté su hospitalidad aquella noche. Me enteré de que estaba muerto cuando vinisteis a detenerme.

—El hacha estaba escondida bajo la paja en la cual dormiste.

—¿Y qué? ¿Acaso hubiera cometido yo un crimen tan estúpido?

—No todos los crímenes que se cometen son dignos de hombres listos, Duncan. Además ahora no tenemos que discutir de eso. Aunque estás condenado en rebeldía, te daré la oportunidad de que comparezcas de nuevo ante un jurado. Vamos, adelante.

En aquel momento, los jinetes se detenían ante la casa donde un letrero anunciaba: «Beds».

—Puede que esté ahí —dijo el que ostentaba el mando.

—No se pierde nada con probar. Entremos.

Poco podían imaginar que Duncan los estaba mirando apenas a veinte pasos de distancia.

—¿Quiénes son? —susurró, sin volverse para mirar a Buntrop.

—Tienen que ser comisarios enviados por Karl Milton, que es el inspector designado por el gobierno para esta zona. Pero en todo caso vienen a ayudarme a mí, no a ti. Adelante.

En aquel momento los comisarios entraban en la casa.

En la primera habitación que abrieron pudieron ver a una muchacha algo pálida, pero de serena y extraña belleza, que tenía los ojos fijos en la puerta. Tuvo un sobresalto al verles aparecer, y ni siquiera se tranquilizó cuando el primero de los comisarios se quitó el sombrero respetuosamente.

—Usted es Stella, sin duda. Es la prometida de Buntrop.

—Sí…

—¿De qué tiene miedo? ¿Por qué tiembla? Hemos venido a ayudarla…

Stella pensaba en Duncan. Pensaba angustiosamente en él. Se repetía a sí misma que era imposible que hubiera tenido tiempo de huir.

Uno de los comisarios preguntó:

—¿Dónde está Duncan? Sabemos que él hubo de traerla aquí.

—Me abandonó… anteayer.

—¿Entonces hace dos días que no le ha visto?

—Si.

Stella temía que la mentira se notara en sus ojos, pero los comisarios tomaban sus palabras al pie de la letra. Se miraron unos a otros con una mueca donde la desolación y la rabia se mezclaban.

—Ese pájaro es capaz de haber volado otra vez… ¿En qué dirección huyó, Stella? ¿Lo sabe?

—No me lo dijo.

—Lo normal es que haya tratado de huir de Arizona —masculló uno de los comisarios—. Se habrá dirigido hacia el norte, y si de eso hace un par de días, ya habrá cruzado la frontera.

—De todos modos hay que intentarlo. ¿Sabe si llevaba provisiones y un buen caballo?

—Provisiones… me parece que no.

—En tal caso habrá dejado pistas, si se ha detenido a comprar en algún sitio. Aún hay una leve esperanza de atraparlo. ¡Vamos!

Los cinco hombres salieron. No se acordaron de preguntar a Stella si necesitaba algo.

En el mismo instante de salir de allí, ya parecían haberla

olvidado.

Mientras tanto Buntrop y su prisionero rodeaban la casa, disponiéndose a salir a la calle principal de Río Caridad, donde estaban los caballos de los cinco comisarios.

Buntrop susurraba en aquel momento:

—Hay algo que no te perdonaré jamás, Duncan.

—Si te refieres a Stella, te garantizo que puedes estar tranquilo. No ha sufrido ningún daño mientras estuvo conmigo.

—No se trata de eso.

—Pues entonces no te entiendo.

—Me refiero más bien a todo lo contrario. La has cuidado mucho. La has cuidado… como si hubieses acabado por enamorarte de ella.

Duncan distendió los labios en una sonrisa triste, lejana.

—¿Y eso qué importa ahora?

—Puede importar mucho —la voz de Buntrop vibraba de odio y de impaciencia—. ¿Has llegado a amarla?

—¡Repito que eso no importa ahora!

—¿Y ella a ti? ¿Te ha llegado a amar ella a ti?

—Te estás atormentando inútilmente, Buntrop. Vosotros dos os casaréis cuando yo ya esté en la tumba, y tendréis hijos sanos y fuertes. Ella me olvidará. ¡Incluso, tú me olvidarás, cuando dejes de ser un cazador de hombres! ¿Por qué preguntas lo que no tiene sentido?

Entremos en esa casa y entrégame a los comisarios. Lárgate con Stella bien lejos de aquí. Casaos y… ¡y divertíos maldiciendo mi nombre!

—Eso es lo que haré, Duncan —dijo Buntrop rencorosamente—. Maldecir tu nombre cuando la bese.

Duncan sintió en la garganta una cosa muy espesa, muy amarga. Cuando la bese… Mil ideas que no hubiese querido tener pasaron en un instante por su cráneo. Un dolor agudo, fino, suave, le maltrató los nervios.

En aquel momento salían los comisarios.

—Hay que darse prisa —dijo uno de ellos—. Según la chica, ya ha de estar en la frontera.

—Si nos entretenemos, escapará.

—¡Hum! ¡De todos modos es extraño que ella no lo haya visto en

un par de días!

Tanto Duncan como Buntrop oyeron aquello, y los dos se dieron cuenta de la situación.

Ambos comprendieron que la muchacha había querido salvarle.

CAPÍTULO XIV

La voz de Buntrop sonó roncamente al preguntar:

—¿Cuánto hace que no la has visto?

—Aproximadamente, diez minutos.

—Eso quiere decir que…

—No hagas caso. ¡Eso significa que no quiere complicaciones! ¡Después de todo, es contigo con quien va a casarse!

Buntrop no contestó.

Aquel simple hecho, aquella evidencia que sus ojos acababan de captar, parecía como si lo hubiese cambiado todo para él.

Duncan notó que el revólver vacilaba entre sus dedos. Que ya no se le clavaba en la columna vertebral con la misma firmeza.

Sus labios musitaron apenas:

—No es posible…

Duncan, por instinto, comprendió que necesitaba aprovechar aquel momento. Si no trataba de huir ahora, ya no podría conseguirlo nunca. Bruscamente, en fracciones de segundo, giró, dando un manotazo al revólver que empuñaba Buntrop.

Éste no tuvo ni tiempo de disparar.

El revólver cayó a tierra, y de pronto una maza de acero pareció clavarse en su mandíbula. Salió proyectado hacia atrás, mientras lanzaba un gruñido. Duncan tomó el revólver instantáneamente, pero Buntrop tenía otro, el que le había arrebatado poco antes.

Los dos hombres fueron a disparar casi a la vez, pero Duncan apretó el gatillo con medio segundo de antelación. El «Colt» que Buntrop empuñaba, saltó por los aires mientras en la derecha del *sheriff* se marcaba una delgada línea roja.

Duncan sintió como un espasmo en la garganta.

Había salvado su vida, pero sólo por unos minutos.

Nunca debió haber disparado. Ahora los comisarios acudirían, y todo sería aún peor que antes.

Pensó que, parapetándose, aún tenía tiempo de liquidar a algunos de ellos mientras se acercaban. Quién sabe si aún tendría oportunidad de huir.

Pero no lo hizo.

No más sangre, no más muertes en su camino negro.

Dejó caer el revólver al suelo mientras ya los caballos doblaban la esquina, a su misma espalda.

Los comisarios descendieron de sus monturas silenciosamente. Parecían no creer lo que estaba ante sus propios ojos. Uno de ellos recogió el revólver que había dejado caer Duncan y lo tendió al *sheriff* Buntrop, con una mueca de incredulidad.

—De modo que estaba ahí… —susurró—. ¿Qué ha ocurrido, *sheriff*?

—Lo había detenido —dijo Buntrop con voz opaca—, y ha tratado de escapar.

—Pudo haberle matado a usted, *sheriff*.

—Sí, pudo haberlo hecho.

La voz de Buntrop seguía siendo espantosamente opaca.

Lentamente se puso en pie. La sangre resbalaba por su mano derecha, pero él ni siquiera lo notaba. Sus ojos ligeramente turbios miraron hacia la lejanía.

—La chica nos ha engañado —murmuró uno de los comisarios —, o quizá se confundió, pero de todos modos la cuestión ya está resuelta. Vamos a llevarnos a este buitre. Pronto pagará en la horca todo lo que hizo.

Duncan no se movía. Había perdido la partida y tenía que pagar. No le dolía perder la vida, porque jamás tuvo miedo a la soga ni tampoco al plomo. Pero perderla ahora, cuando todo le parecía tan distinto tenía un extraño y amargo sabor. Iba a perderlo todo cuando la sombra de una ilusión, de una fe, había empezado a anidar en él. Pero su única reacción fue encogerse de hombros con un gesto lleno de hastío. Uno de los comisarios gruñó:

—Vamos, perro. Adelante.

Duncan fue a obedecer. Estaba cansado de luchar, no quería huir ya por más tiempo. De pronto se oyó una voz.

Una voz espesa, ronca:

—Quietos.

Todos los comisarios se volvieron hacia Buntrop. Miraron sus ojos llenos de fiebre y vieron, sobre todo, el revólver que empuñaba en su mano derecha, el que ellos mismos le habían devuelto.

—¿Qué ocurre, Buntrop? ¿Quiere conducirlo usted mismo?

—A ese hombre no se lo llevará nadie.

—¿Está loco, Buntrop? ¿Qué insinúa?

—Digo que Duncan, el forajido, va a recobrar la libertad.

Al principio ninguno de los comisarios le creyó. Incluso uno de ellos rió nerviosamente.

—Está usted de broma, *sheriff*.

—¿Qué pretende?

—Sólo que os estéis quietos mientras él huye. ¡Y tiraré contra el que no me obedezca!

Su voz, la expresión de sus ojos, indicaron a los cinco hombres que estaba hablando en serio, por increíble que aquello pareciera. Todos se miraron atónitos.

De pronto uno de ellos reaccionó. Quiso dar un vuelco a la situación, sacando el revólver.

Un solo y seco disparo de Buntrop le hizo volar el arma de la mano derecha.

—Esto es sólo un aviso —dijo con voz tensa—. Vosotros sabéis cuál es mi fama de tirador. Sabéis que sólo necesito cinco segundos para matar a cinco hombres. Y vais a estar quietos mientras Duncan se aleja… —De pronto desvió los ojos un poco hacia el estupefacto Duncan, sin dejar de vigilar a los comisarios—. ¡Huye! —gritó—. ¡Llévate a Stella! ¡Dentro de tres horas habréis atravesado la frontera, si sois listos! ¡Llévatela y no volváis a acordaros de mí hasta que me escribáis dándome cuenta de que ha nacido vuestro primer hijo!

Duncan no podía creer lo que estaba oyendo.

Por primera vez en su vida se sentía paralizado. Ante la estupefacción no sabía qué decisión tomar; sencillamente, no sabía qué hacer.

La voz ronca de Buntrop le puso en movimiento:

—¡Huye! ¡Hasta a los enemigos puede, a veces, pedirse un favor! ¡Y ése es un favor que te pido! ¡Escapa de aquí!

Duncan, atónito, obedeció como una máquina. El mismo no

acababa de comprender aún lo sucedido, aunque se daba cuenta de cuáles eran los sentimientos de Buntrop. Moviéndose sólo por instinto, dobló la esquina y fue a la casa donde se encontraba Stella. Mientras tanto, Buntrop, el *sheriff* implacable, el que siempre sirvió a la ley, mantenía encañonados a los comisarios firmemente.

Los tuvo así casi dos horas, mientras la angustia crecía en su corazón. Los mantuvo quietos hasta que juzgó que Duncan y Stella estarían ya casi en la frontera. Luego dejó caer el revólver, se encogió de hombros y tendió las manos para que lo ligaran, para que lo convirtiesen en su prisionero.

Por primera vez en los ojos de Buntrop, el *sheriff* implacable, brillaban quietamente dos lágrimas.

CAPÍTULO XV

Buntrop, mientras desmontaba del caballo, miró el viejo rancho de su padre, la tierra rica y fértil, el lugar donde había soñado vivir con Stella después de su boda.

Ahora, en la mañana turbia y gris, el rancho parecía distinto.

Los edificios parecían más pequeños, más aplastados, bajo los inmensos nubarrones, en la extensión infinita de la llanura. Toda aquella riqueza, aquella majestad, ya no tenían ahora interés para Buntrop. Con los ojos entornados avanzó hacia el edificio principal, mientras en su mano derecha hacía saltar monótonamente una moneda.

Había escrito a su hermanastro Josiah, diciendo que llegaría, pero Josiah no parecía esperarle. Todo el rancho daba la sensación de estar vacío. En cierto modo, eso era lógico, puesto que durante la época del marcado de las reses todo el mundo tenía en el campo más trabajo del que podía hacer, y apenas nadie quedaba en la casa.

Buntrop avanzó lentamente.

Aún recordaba las palabras del juez: «No le condenamos en honor a sus anteriores servicios, Buntrop. Pero demuestre antes de un mes que Duncan era inocente o usted pagará por él. Y, mientras tanto, no se mueva de su rancho».

De modo que aquello era como una prisión, como un confinamiento.

Nunca demostraría la inocencia de Duncan. Nunca, puesto que él sabía bien que era culpable. ¿Pero qué importaba ya? ¿Por qué atormentarse con eso?

Abrió la puerta principal. Atravesó el vestíbulo solitario. Penetró en su habitación, la cual estaba extrañamente oscura.

En aquel momento la moneda que hacía saltar en su mano

derecha cayó al suelo. Buntrop se inclinó rápidamente, para tratar de cazarla en el aire.

El frío del acero rozó su piel. El hacha pasó silbando Junto a su cabeza, mientras todo él era recorrido por un espasmo.

Miró entonces, atónito, encima de su cabeza, sin comprender aún cómo había podido salvarse. Y vio que una pesada hacha estaba sujeta a la parte superior de la puerta, por el mango, mientras un pesado muelle sujeto, al techo y a la lengua del arma, mantenía ésta en alto. Al abrirse la puerta, el muelle del techo era desplazado de su soporte y cedía, dejando libre con tremendo ímpetu la lengua del hacha. Ésta tenía que romper por fuerza la cabeza de un hombre de una altura previamente calculada.

¡Como había sido destrozada la cabeza de su padre!

Buntrop, atónito, cerró la puerta a su espalda, tras mover el hacha que colgaba inútilmente junto a su cabeza, y se dejó caer suavemente a tierra. Fue el instinto lo que le aconsejó hacer aquello. Fue su experiencia de luchador, de hombre acostumbrado a todas las trampas y a todas las artimañas.

Oyó pasos quedos, lentos, suaves. Con una suavidad que se hacía viscosa y siniestra.

La puerta se abrió. Los pies de un hombre se recortaron en el umbral, junto a la cabeza del caído Buntrop.

Dos manos ansiosas le palparon. Buntrop las sentía en su cuerpo como dos reptiles. Hubiera querido gritar, proclamar aullando toda su impotencia, toda su desesperación, todo su asco.

No cerró los ojos, porque sabía que el otro no podía verle. Sólo podía tocarle, buscar con sus dedos ansiosos el rastro de la sangre.

Buntrop, de pronto, lo sujetó con todas sus fuerzas.

Sus brazos hercúleos aferraron al ciego Josiah. Éste lanzó un gritito de rata acorralada, un gemido sordo, mientras trataba de escabullirse.

El primer impulso de Buntrop fue matarle.

Por él había perseguido inútilmente a Duncan, y por él había perdido el único amor de su vida. Por él había comenzado perdiendo a su padre. Por él tenía ahora delante suyo una vida rota, deshecha, sin esperanza.

Los dedos aferraron la garganta. No se dio cuenta de que le estaba ahogando. No supo ver que estrangulaba a aquel ser

desdichado y viscoso, lleno de secretas ambiciones, que había pretendido, mediante el crimen, ser dueño del rancho más rico de la comarca… ¡un rancho que ni siquiera podía ver!

Rápidamente sus dedos cedieron.

De pronto un terrible deseo de no luchar, de olvidarlo todo, de hundirse en la nada, se apoderó de Buntrop.

—Sólo quiero una declaración ante dos criados diciendo cómo mataste a nuestro padre —dijo con un soplo de voz—. Sólo te pido eso y luego te dejaré huir. No quiero mancharme los dedos con sangre de serpiente. Ni quiero que haya más cadáveres en mi camino, aunque esos cadáveres sean de perros sarnosos como tú.

Lo soltó bruscamente. Josiah cayó a tierra y se levantó poco a poco, con el terror reflejado en el semblante. Luego huyó palpando las paredes, despidiéndose de aquel rancho que ya nunca más sería suyo, de aquel mundo donde maquinó su crimen.

Buntrop susurró:

—Ahora sabrás lo que significa la vida de un hombre que no puede hacer más que huir, huir… Y sufrirás en tu carne lo que tú y yo hicimos a Duncan.

Salió al inmenso patio central del rancho. Sin saber por qué, Buntrop recordaba ahora las palabras del doctor Gallinger, aquel viejo borracho a quien dejó tendido de un balazo en Río Caridad. ¿Qué le había dicho exactamente? Que una muerte injusta duele siempre, o algo muy parecido. Y Buntrop sabía ahora que eso era verdad. Sabía que él había causado en su vida más de una muerte injusta. Y que le tocaba pagar.

Ahora ya tenía la prueba que necesitaba para la inocencia de Duncan. Ya nadie les perseguiría a ninguno de los dos. Pero aun así Buntrop, el *sheriff* implacable, avanzó como un borracho hasta las cercas de los caballos. Y apoyó su cabeza en una de ellas. Y entonces Buntrop, el hombre sin sentimientos, lloró silenciosamente.

FIN